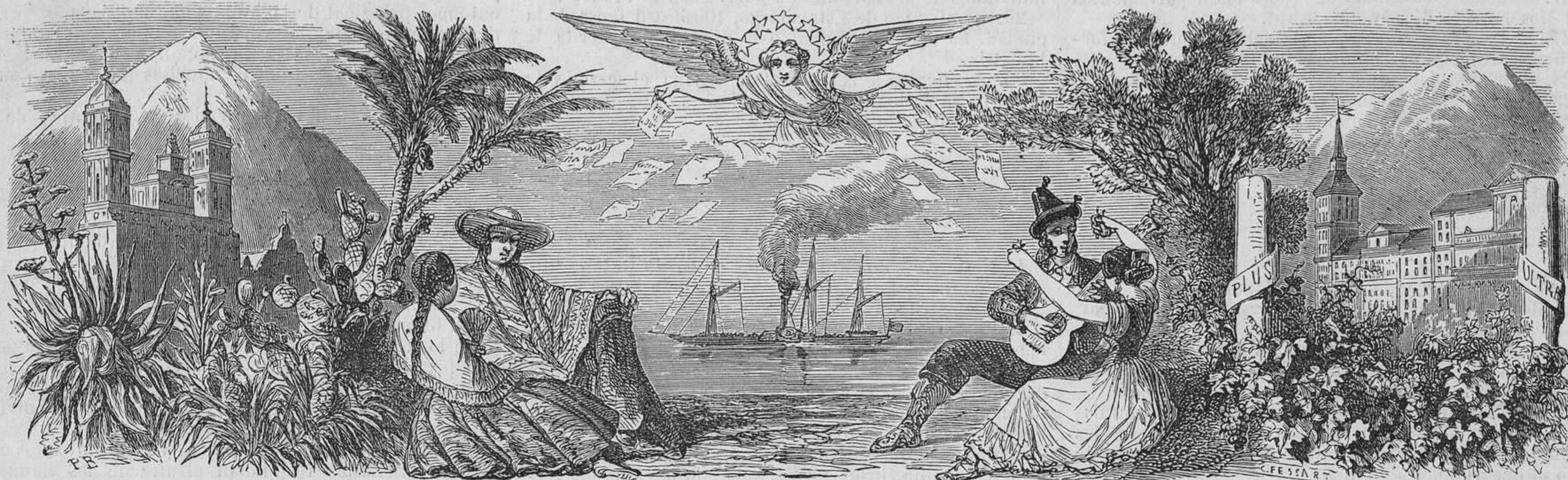


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 22 de la *Moda*.

1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 931.

Administración general, passage Sautner, número 4, en París.

SUMARIO.

Las ambulancias; grabado. — Memorandum. — Apuntes históricos. — Ataque de Cachan y de la casa Millaud; grabado. — Los marinos del fuerte de Montrouge; grabado. — Estudios históricos: El cardenal Cisneros. — Revista de París. — Poesía. — La acción del 31 de octubre; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Episodios del sitio de París: El sargento de zuavos Lecomte salvando á un mensajero del ejército; grabado. — Curación de un herido; grabado. — De Villahermosa á la China. — Escenas del campamento; grabado. — La guerra: El transporte de muertos; grabado.

Las ambulancias.

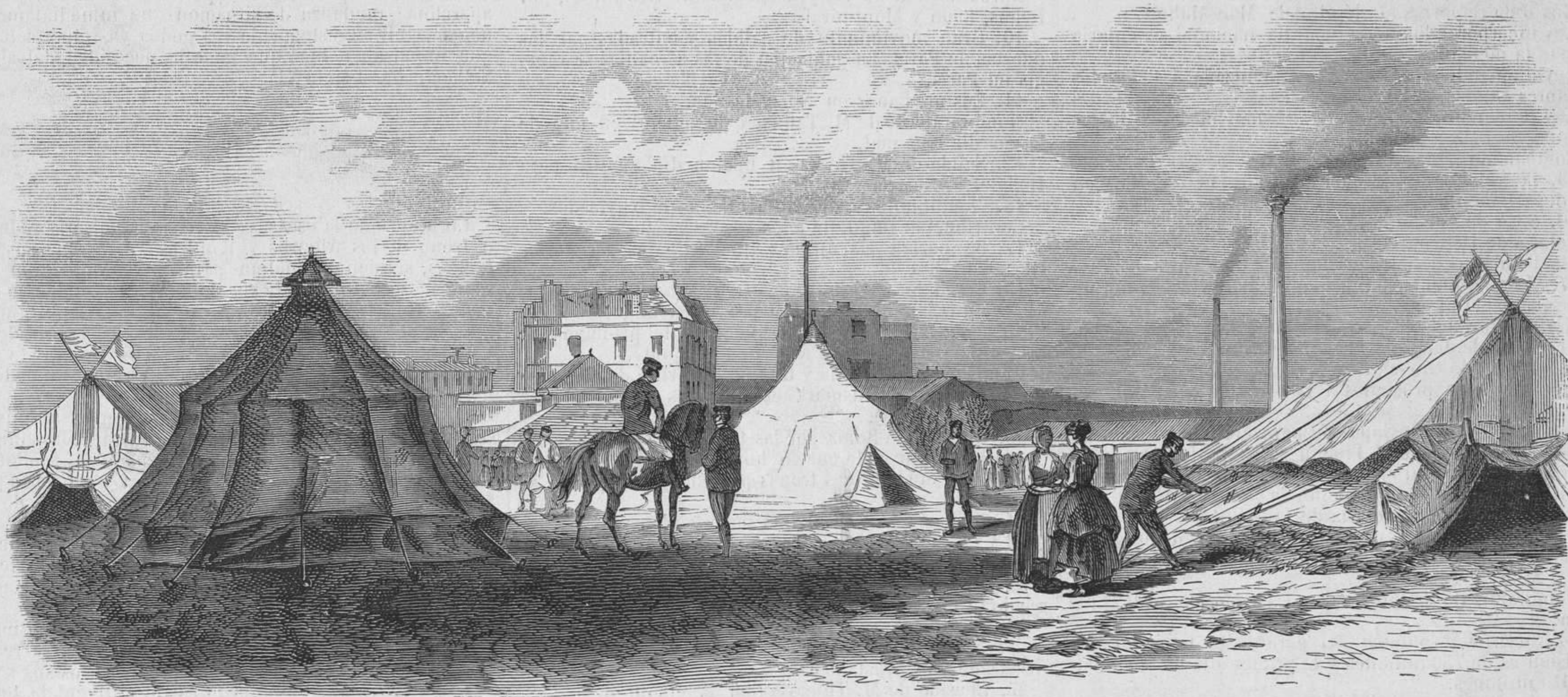
Ya hemos dado á nuestros lectores noticias completas sobre el servicio de las ambulancias que funcionan en el sitio de París, y hoy representamos en esta primera página, la ambulancia americana instalada en la Avenida Uhrich.

El gobierno acaba de dar diferentes instrucciones para la reunion y la marcha de los carruajes destinados á recoger los heridos, instrucciones que serán transmitidas á los directores de las diversas sociedades de so-

corros autorizadas, por el intendente general del ejército de la defensa.

Al llegar á la parte del recinto que da frente al lugar del combate, los carruajes se formarán en la calzada á la izquierda de los de las ambulancias militares y en el orden señalado por el funcionario de la intendencia militar ó del oficial de estado mayor designado para este servicio.

Esta providencia del general Trochu que se aplica á cada una de las operaciones del trabajo de las ambulancias, tiene por objeto regularizar un servicio que dejaba mucho que desear. P. P.



La ambulancia americana en la Avenida Uhrich.

Memorandum.

Vamos á resumir aquí por orden de fechas los principales sucesos que han tenido efecto desde el 8 de julio hasta fines del mes de octubre. Por medio de este cuadro podráse abrazar de una sola ojeada la série de crisis que la Francia atraviesa desde hace cuatro meses.

JULIO.

5. Noticia de la candidatura del príncipe de Hohenzollern al trono de España.
6. Declaración de M. de Gramont en la tribuna del Cuerpo Legislativo.
14. Desistimiento del candidato príncipe de Hohenzollern.

13. El gobierno francés pide garantías para el porvenir y la Prusia las niega.
15. Votación del Cuerpo Legislativo en favor de la guerra.
16. Manifestación en favor de la paz.
20. M. de Gramont anuncia en el Cuerpo Legislativo que se ha declarado la guerra á la Prusia.
21. Ley fijando la emisión de los bonos del Tesoro.

á 440 millones y creando un empréstito de 500 millones.

22. Discurso del rey de Prusia en la Cámara de la Confederación de la Alemania del Norte.
23. Declaración de neutralidad por las potencias europeas.
23. Suspensión de la legislatura.
26. Salida de la escuadra.
27. Decreto confiriendo á la emperatriz el título y las funciones de regenta.
27. Se declara en estado de sitio á los departamentos del Mosela, Alto Rhin y Bajo Rhin.
27. Se llama al servicio á los 30.000 hombres que forman el contingente de la quinta de 1869.
28. Proclama del emperador al pueblo francés.
28. Salida del emperador y del príncipe imperial.
29. Proclama del emperador al ejército.
30. Regreso del cuerpo expedicionario de Roma.

AGOSTO.

- 1º Llegada del rey de Prusia á Maguncia.
2. Rompimiento de las hostilidades. Combate de Sarrebruck.
5. Combate de Wissemburgo. Muerte del general Abel Douay.
6. Batalla de Reichshoffen. Combate de Forbach.
7. Principio de la invasión. Proclama de los ministros. Proclama de la emperatriz. Convocación de las Cámaras. Agitación en París. Se declara en estado de sitio al departamento del Sena.
- Decreto llamando á formar parte de la guardia nacional á los hombres de treinta á cuarenta años.
8. Informe á la emperatriz sobre la defensa y el armamento de París.
9. Apertura de las Cámaras. Caída del ministerio Olivier. El ministerio Palikao.
- Agitación tumultuosa en París. Manifestación pidiendo armas delante del ministerio, del Cuerpo Legislativo y de las Tullerías.
10. La Cámara da un voto de gracias al ejército y le declara benemérito de la patria.
- Leyes militares relativas al crédito de 25 millones consagrados al socorro de las familias de los soldados, de los guardias movilizados y de los ciudadanos muertos por la patria; al llamamiento de la quinta de 1870 y al de los mozos de 25 á 35 años.
11. El conde de Palikao declara en la Cámara que el mariscal Bazaine manda en jefe.
- Reorganización de la guardia nacional.
- Empréstito de mil millones.
- Curso forzoso de los billetes de Banco.
12. Dimisión del mariscal Le Bœuf y del general Lebrun.
- Sitio de Estrasburgo.
13. Invasión de la Lorena. Los prusianos en Nancy.
14. Sale el emperador de Metz para Verdun.
- Motin de la Villette en París.
- Formación de dos nuevos cuerpos confiados á los generales Trochu y Vinoy.
- Envío de refuerzos al ejército de Mac-Mahon.
- Ley incorporando en la guardia nacional sedentaria á toda la población válida.
- Ley llamando á la guardia movilizada á todos los hombres válidos de 25 á 35 años.
- Ley llamando á todos los antiguos militares de las quintas de 1858 á 1863.
- Combate de Longeville.
15. Levantamiento de cuerpos francos en París y en los departamentos.
16. Sitio de Falsburgo.
- Batalla de Doncourt.
- Los bomberos de los departamentos en París.
17. Nombramiento del general Trochu al puesto de gobernador de París.
- Notificación del bloqueo del litoral de la Prusia y de los Estados alemanes en el mar del Norte.
18. Batalla de Gravelotte.
- Llegada de los prusianos á Bar-le-Duc y á Saint-Dizier.
- Salida del príncipe Napoleon para Florencia.
- Proclamas del general Trochu á los parisienses, á la guardia nacional y al ejército.
20. El general Palikao anuncia en la tribuna del Cuerpo Legislativo la victoria de Jaumont.
21. Nombramiento de un comité de defensa en París.
22. Sitio de Toul.
- Nombramiento de prefectos en la Alsacia y la Lorena.
23. Suscripción pública del empréstito nacional. La emisión es de 750 millones y el primer día da un total de 620 millones.
- Los prusianos en el Alto Marne y en Chalons.
- Marcha del ejército de Mac-Mahon hácia el Norte para unirse con el ejército de Bazaine.
- El emperador acompaña al ejército de Mac-Mahon.
24. El Cuerpo Legislativo rechaza dos proposiciones de M. Jules Favre y M. Keratry pidiendo que se agreguen algunos representantes al comité de defensa de París.
26. M. Chevreau, ministro del interior, anuncia la marcha de los prusianos sobre París.
- Expulsión de París de la gente sin profesión y sin medios de subsistencia.

Grande actividad desplegada para poner á París en estado de defensa.

- Entrada de provisiones.
27. Ataque de Verdun, rechazado por la guardia nacional de la ciudad.
- MM. Thiers, Behic, Mellinet, Daru, Dupuy de Lome y Talhouet, son nombrados miembros del comité de defensa.
28. Los prusianos en Reims.
- Decreto del general Trochu expulsando á todos los individuos de las naciones en guerra con la Francia.
29. Bombardeo de Estrasburgo. Heroica defensa de la ciudad. La Cámara declara á la ciudad benemérita de la patria.
30. Se encarga á las tropas de marina el servicio de la artillería de los fuertes.
30. Combate de Courcelles.

SETIEMBRE.

- 4º Noticia de una gran batalla cerca de Sedan. Rumores contradictorios. Grande ansiedad en París.
2. Silencio del gobierno.
3. Rumores siniestros. El general Palikao los confirma enumerando en la tribuna toda la serie de los desastres ocurridos. Bazaine bloqueado en Metz; Mac-Mahon derrotado en Sedan; el emperador prisionero; la capitulación de Sedan con todo el ejército de Mac-Mahon. Fermentación general en todo París.
4. Sesión de la Cámara el domingo 4 de setiembre á las doce del día. Proposición pidiendo la caída del imperio.
- Aglomeración del pueblo en el Cuerpo Legislativo.
- Invasión de la Cámara.
- Proclamación de un gobierno provisional.
- El gobierno provisional compuesto de los diputados por París, proclama la República.
- El imperio desaparece sin lucha y la revolución se efectúa sin efusión de sangre.
- El general Trochu es nombrado presidente del gobierno provisional, que toma el título de gobierno de la defensa nacional.
5. Proclama del gobierno provisional á los franceses para llamarlos á las armas contra el extranjero.
- Armamento de la guardia nacional.
- Disolución del Senado y del Cuerpo Legislativo.
- Nombramiento de M. Arago de alcalde de París.
6. Abolición del timbre en los periódicos.
7. Publicación del manifiesto de Jules Favre, ministro de Negocios extranjeros.
8. Llegada del cuerpo de ejército del general Vinoy.
- Llegada de los proscritos Ledru-Rollin, Victor Hugo, Luis Blanc, Blanqui y E. Quinet.
- La República de los Estados Unidos reconoce á la República francesa.
- Tumultos en Lyon.
9. Libertad de la imprenta y de la librería.
- Llegada de los guardias movilizados de los departamentos.
- Aproximación de los prusianos sobre tres líneas, por Reims, Laon y Montmirail.
10. Gran movimiento de salidas y entradas por las puertas de París. La población de las cercanías se refugia en París.
11. Los prusianos en Noisy-le-Sec.
- Nombramiento de M. Tamisier de general en jefe de la guardia nacional.
12. Salida de M. Thiers en misión diplomática para Inglaterra, Austria y Rusia.
13. Nombramiento de una comisión de barricadas.
- Contribución impuesta á los ausentes.
17. Se cortan las últimas líneas de los ferro-carriles.
19. Combate de Chatillon. Ocupación de Villejuif, Chatillon, Clamart y Meudon por el enemigo.
- Sitio puesto á París por los ejércitos del príncipe real de Prusia y del príncipe Alberto de Sajonia.
- El mismo día segunda y última entrevista de M. Jules Favre con M. de Bismarck en Ferrieres (la primera se efectuó la víspera).
20. Ataques de Roma por las tropas italianas. Al cabo de una resistencia de cuatro horas, el general Cadorna entra en la ciudad. Las tropas pontificias se retiran al castillo.
21. Ocupación de Pithiviers por los alemanes.
- 22 y 23. Vigorosas salidas de Bazaine al frente de Metz.
- 22 y 23. Combate de Villejuif: las tropas francesas recobran las posiciones.
26. Capitulación de Toul.
- Combate de Bazoches cerca de Orleans, en el que son rechazados los prusianos.
27. Llegada de M. Thiers á San Petersburgo.
28. Capitulación de Estrasburgo.
- En Roma votación del plebiscito en favor de la anexión de los Estados Romanos á la Italia.
29. Entrada de los prusianos en Mantes.
30. Combate de Chevilly. Las tropas francesas avanzan hasta Thiais y Choisy.
- Muerte del general Guilhem.

(Se continuará).

Apuntes históricos.

I.

Cuando España estaba dividida en pueblos cristianos y en pueblos mahometanos, la rica Córdoba, ciudad entonces principal de la Andalucía, eclipsaba el brillo de la corte oriental de los califas, y daba á entender al mundo cuanto puede la ilustración y el genio de un hombre sobre los destinos de aquellos que el acaso puso á su cuidado.

Abderraman III el Grande y el querido de Alá y de su profeta, imperaba en aquella ciudad; y ella y el pueblo sometido á su dominación formaban un contraste singular con las ciudades y lugares que profesaban la fe de Cristo; y de donde había quedado proscrita para siempre.

En los unos reinaban aun las usanzas de los godos, mezcladas con las crudas y agrestes de los iberos que encerrados en la tierra cantábrica, sostuvieron continua rebelión con todos los que quisieron enseñorearse de su territorio.

En los otros aun brillaban las costumbres de los pueblos primitivos, también modeladas por la vieja civilización oriental ayudada de aquella viva imaginación, de aquel atrevido pensar de la hija del desierto y de los habitantes de un clima abrasador.

Un tanto ya reposados de fatigas y quebrantos los caballeros cristianos respiraban el aire de las llanuras castellanas, empezando á mirar de mal talante el palenque árido y montañoso que admirara sus primeras proezas. A sentir empezábase también el rumor de confuso pueblo, que á gritos demandaría en breve no verter su sangre y sacrificar su vida por rey y patria, si el rey no jurara primero sus fueros sostener, y con ellos la patria.

Aparte artera y mañosa la aristocracia amoldaba las costumbres de extrañas tierras y á gritos los ricos hombres pregonaban su pujanza; haciendo consistir su independencia en los filos de su espada y larga clientela de vasallos y ahijados educados con esmero en sus palacios; que tan bien supieran maejar en años posteriores el laud y la trova, como esgrimir las armas contra la morisca turba, ó con traición y alevosía contra su rey.

El arco egipcio y el chapitel afiligranado empezaban á labrarse para sustentar los pórticos de los monasterios; las catedrales de nombradía, las mitradas abadías y los palacios de los ricos señores con sus puentes levadizos, sus almenas, y sus muros apertillados.

Ya también la gente de cogulla parecía elevarse sobre las otras clases y con pretensiones á todo, salir del yermo en que primero la fijara su instituto, invadir las ciudades y los palacios, pelear por conquistar la tierra, y defender su pujanza y la de Roma con la espada y el anatema.

Ya por último un grande acontecimiento se presagiaba, según los preliminares que la sociedad española apercibía; mudanza de situación que inmediatamente debía seguir al sistema de los godos ya imperfecto, y que impulsaban mas que nada la necesidad del siglo. Se acercaba el siglo XII.

II.

En tanto que la escasez y á veces la miseria rodeaba el trono de los Alonsos y Ramiros; dado que sus esfuerzos, si bien prometían para el venidero gran ganancia á la corona real, por entonces no producían colmados frutos; por ser los lugares conquistados, pueblos, y aun enteras comarcas desprovistas aun de lo mas necesario, los árabes andaluces no solamente nadaban en la abundancia, sino que su riqueza y poderío no tenía por entonces par en el mundo.

La nación compuesta de partes diversas al mismo tiempo que vivificadoras, no era ya la que componiendo las huestes de Omar había quemado la biblioteca de los Tolomeos en Alejandría: no era tampoco aquel pueblo á quien confió Mahomet la propagación de su creencia y cifró la esperanza de conseguirlo en las puntas de sus cimitarras: era al contrario un pueblo poseído del deseo de saber, y que buscaba para llegar á este objeto los medios todos que podían conducirle.

Unidos los árabes primitivos; los árabes del desierto; aquellos que cuyas riquezas y cuya propiedad se reducían á un caballo y una tienda; con los sirios sus vecinos y con los egipcios poseedores de antiguo de todas las ciencias y trasplantados á los países de Andalucía, la semilla del saber que entre ellos andaba esparcida dió desde el principio colmados frutos.

Con afán buscaban los libros griegos que de la general ruina habían podido escapar; y en versiones correctas los introducían en la Europa, aumentando así el caudal escaso de conocimientos, propio de aquellos tiempos.

La sociedad árabe si bien se resentía un tanto de la división de clases que la conquista había obrado, no eran sin embargo tan pronunciadas las diferencias como en los pueblos cristianos, ni los santones y doctores

res de su ley tenían tampoco aquel prestigio y poder que los de su clase alcanzaron en los países que dominaba la fe de Cristo; pues hasta la religión y sus ministros estaban sujetos al califa; y la unidad del imperio en la ley y en la nación era el ídolo á que todo buen musulmán sacrificaba hasta sus íntimas creencias.

Si estéril era el país de los cristianos, ameno delicioso el país de los árabes; si severo el pensar de los unos, agradable el de los otros, ligero y fugitivo. Allí la espada goda y armadura pesada de bronce duro sin pulimento, aquí armas templadas en Damasco y empresas varias grabadas en el escudo.

Allí guerra, aquí amor. En Leon y Asturias palacios ennegrecidos por el humo de los campamentos, aspilleras y torreones, y almenas; y entre ellas divisábase el guerrero centinela que observaba los aledaños y confines del imperio. En Córdoba y Sevilla alcázares regios trabajados con las más prolijas labores; púrpura y oro por do quiera, pebetes y zahumadores, esencias y perfumes; alfombras y alcafitas; deileite, solaz y contento.

En los jardines deliciosos de encantados palacios, bajo la sombra de naranjos y limoneros, que crecían al lado del saúco y del laurel; el amante ceñía su brazo con la rica presea de azul y oro que su amada tejiera, que le hiciera salir galante en las justas, pero que los celos despertara de un rival; y que la tumba á los dos cobijase después de cruda muerte dada y recibida en fiera lid.

III.

Los arquitectos más célebres de Constantinopla, de Bagdad, de Tosthat y de Kairvan; y los artistas más hábiles de la época se reunieron en Córdoba por órden de Abderraman.

Este quiso, con una de las obras que concibiera su genio, eclipsar á los contemporáneos y vivir para siempre en la historia; llevó pues á cabo la construcción de un magnífico edificio en las afueras de Córdoba; casa de amor y placer para los tiempos ordinarios; especie de fortaleza minada para defenderse de un ataque imprevisto de los suyos y huir el primer ímpetu de la plebe amotinada; casa de adoración y templo de amor dedicado á su esclava favorita Azahara.

Si nos empeñásemos en referir por menudo las maravillas que encerraba el palacio y los encantados jardines que le rodeaban, quizá sin quererlo ofreceríamos á nuestros lectores un cuento de los mil y uno. Los techos de todo el edificio estaban sostenidos por cuatro mil trescientas doce columnas de mármol de diferentes colores traídas de Africa, eran todos de mosaico, así como el pavimento y los tirantes y las vigas de madera de cedro prodigiosamente labradas; pero donde el arte había agotado todos sus recursos era en el salón del Califa todo de mármol.

El techo y los muros tenían bajo-relieves de oro; arabescos afiligranados y multitud de perlas de las más bellas de Oriente. En medio saltaba una trasparente fuente, el mar era de un bello jaspe sanguíneo de la sierra de Antequera; y á su rededor estaban agrupados doce animales de oro macizo vertiendo agua en el fondo de la fuente, que para imitar los nacimientos estaba sembrado de piedras preciosas de muchos colores.

Además del alcázar ó sea el palacio del Califa había una multitud de habitaciones construidas con el mismo gusto y la misma magnificencia, de suerte que á aquel bellissimo grupo podía titularse la ciudad encantada. También tenían sus mezquitas, sus minaretes y desde los cuales el muftí llamaba una y otra vez al día á la oración á los fieles creyentes.

Los jardines que ceñían el contorno de esta deliciosa mansión no eran ni menos agradables ni menos magníficos. La imaginación oriental había empleado toda su riqueza, y prodigaba todo lo que podía lisongear el espíritu más ligero y más caprichoso; concurrendo la naturaleza y el arte á porfía para darles belleza.

Bosques de mirtos, de laureles, de naranjos y olivos, dando una agradable sombra á prados sembrados de flores, embalsamaban el ambiente y se perdían en los estanques y lagos que reflejaban millares de veces tantos encantos.

Jardines reservados, separados unos de otros, servían de albergue á animales raros traídos de las partes del mundo entonces conocido; animando los muchos pájaros con sus melodiosos cantares, y recreando la vista con sus pintados plumajes de los que gozaban la dicha de pasear aquella celestial mansión.

En el centro, en una altura desde la cual se divisaba un lejano horizonte estaba construido el pabellón del califa. En él reposaba Abderraman cuando venía fatigado del ejercicio de la caza: su construcción era fantástica por decirlo así y sostenido todo él por columnas de mármol con capiteles de oro.

Los cielos y pavimentos labrados en mosaicos con oro, y sembrados de piedras finas. Había una grande concha de pódido en medio, depósito de una fuente de plata viva que siempre corría. Las puertas eran de ébano y de marfil; de tal suerte estaba todo dispuesto, que cuando los rayos del sol penetraban á lo interior, su resplandor reflejado por las paredes era tan vivo que era imposible fijar la vista por mucho tiempo.

Cuando Abderraman quería sorprender á un huésped que no conocía las maravillas y los prodigios de Azaha-

ra, hacia una señal á sus domésticos y daban su movimiento á la plata viva encerrada en la concha; el resplandor del sol reflejado por la plata toda derretida, hería como el relámpago, y el pabellón parecía moverse y agitarse como un navío azotado por las olas en un mar tempestuoso.

IV.

Corría el año 338 de la egira, ó el 950 de la era cristiana; cuando en aquellos palacios encantados, morada venturosa de los placeres y de la belleza, tuvo lugar una escena harto comun desgraciadamente en la historia de los dominadores españoles.

Rotas las treguas entre los estados cristianos y árabes á la muerte de Alfonso III llamado el Grande, los encubiertos enojos de los príncipes cristianos hallaron en la guerra que entonces empezaron, motivos de desahogo y de recíproca venganza.

Por órden de Ordoño II, don Garcías, caballero cristiano asaz valiente y emprendedor, fué á Córdoba á reclamar de Abderraman la presa que este había hecho de seis jinetes castellanos que andaban de ronda en las inmediaciones de Magerit durante la tregua, y que á traición habían sido cogidos por una partida de árabes berberiscos que tenía su cantón en aquellos contornos.

Recibió el califa al don Garcías en su palacio de Azahara con su bella favorita al lado, y desplegando todo el lujo y boato de la magnificencia oriental con sus numerosos servidores, su brillante guardia, y las muchas y aguerridas tropas que mantenía. Alónito quedó el caballero cristiano á la vista de aquel espectáculo para él tan nuevo, como quien no había visto más que la pobre aunque guerrera hueste del rey de Oviedo; su corte aún más reducida, adornada tan solo de caballeros armados de punta en blanco; que variaban en el color de las plumas que cubrían el almete, ó bien cuando la vista topaba con alguno que otro que bajo las ennegrecidas armas sayal toseo de penitencia vestía; cogulla monacal de origen nuevo ó capisayos morados, que todos entonces á la comun defensa acudían, sin que la irregularidad canónica, ni los anatemas de corte extranjera alcanzaran para verter sangre, si era sangre enemiga de la fe cristiana.

También llamó la atención de don Garcías al ver á la sultana favorita sentada en el trono, y dar su parecer y consejo en los negocios arduos de Estado, que hasta entonces las reinas ni en la monarquía goda, ni en la restauración consumada se habían mosirado bien ajenas del gobierno de los pueblos, y á manos varoniles había estado encomendado el gobernalle del Estado; costumbre que varió en lo sucesivo en la monarquía castellana y variación que dió á la España muchos días de gloria.

El embajador fijó una y otra vez los ojos en el bello rostro de la esclava; la esclava los fijó en la apostura y gentil talante del cristiano que aunque Abderraman era rey, Abderraman era ya viejo, y aunque en su corte había donosos mancebos, vestidos á la musulmana y hablando el guirigay árabe, no ofrecían la novedad que un cristiano venido de luengas tierras, grave en su hablar y en sus maneras, y por último por raro y único estimado como los pájaros venidos del Asia y Africa para adorno de sus jardines reservados.

Presentóse también don Garcías en guisa de cautivar á una que de roca fuera; el cabello tendido en luengos bucles á manera goda, armas finas y resplandecientes, negro penacho confundido con el cabello, berta ligera y corta, talle esbelto y gracioso, y cuando alzó la visera y con voz mesurada en buen dialecto árabe dirigió al califa la arenga que le llevaba preparada, se captó la atención toda del auditorio, y la bella mora sintió en su corazón el irresistible poderío del amor.

Salió don Garcías mal de su embajada, pues negado fué por Abderraman cuanto el cristiano rey pedía, y cruda guerra publicóse en el alcázar, en la mezquita y en las puertas de Córdoba contra los Estados de Ordoño.

Oculto don Garcías en la capital del imperio, pretexto dió á los historiadores árabes para tratarlo de caballero cobarde, en quien el imperio del amor había sido más poderoso para quedar en el ocio y la molición que el amor de su patria y los juramentos y empeños que á ella le ligaban, como caballero que era armado con toda ceremonia por el mismo Alfonso el Grande.

Pero á lo que ha podido traslucirse, si bien el amor de la mora influyó en el ánimo del guerrero leonés, no se llevó este por objeto disfrutar los placeres que le ofreciera una ocasión tan favorable, sino aprovechar esta para fines más altos, vengándose á su sabor del califa, del pueblo infiel, y preparando el triunfo á las armas cristianas.

En Córdoba se susurraba que un musulmán, cristiano renegado, era admitido por Azahara en el alcázar, y con él holgaba conversar, como instruido en las ciencias egipcias, de que Abderraman hacía mucho caso; la malicia sospechaba ya otra cosa de tan menudas visitas, y los más audaces á veces propalaban la liviandad de la esclava Azahara y su ingratitud con Abderraman; lo que eran sospechas al principio llegó á ser ya realidad después, y los enamorados supieron hacer tantas locuras que el ojo menos perspicaz en Córdoba pudiese estar al cabo de sus amores; de suerte que, como suele acontecer, Abderraman era el único que lo ignoraba.

A veces se habían visto bultos negros y sombras vagas por los jardines; otras veces iluminarse vió de pronto el pabellón del califa.

La gente baja, la turba musulmana dada á zaboríos y embelecios veía fantasmas y maravillas ocultas que más pronto ó más tarde habían de acabar con aquel prodigio del arte, y trasformarlo en un lago ó en un desierto.

Pero la gente hábil y más que entonces los doctores y sabios del mundo residían en Córdoba, solo veían en aquello los devaneos de Azahara.

No andaban en esto muy acertados, ó por mejor decir, solo presentían una parte de la historia, por otra de muchas más consecuencias y de gran riesgo para Abderraman, mezclada andaba con la primera á punto de no ser los amores de don Garcías con Azahara más que un episodio de la verdadera historia, que era una rebelión de la que fué jefe y primer autor el embajador leonés.

Abderraman siguiendo la costumbre de sus predecesores había elegido por Wali Aladi, heredero de la corona, á su hijo El-Alhaben; pero tenía otro hijo llamado Aboallah querido del pueblo y estimado en mucho por su saber y liberalidad.

Medio fué este que se creyó por don Garcías el mejor para poner en convulsión el imperio musulmán, al que hacia cada día más poderoso la paz y tranquilidad que disfrutaba. Avistóse con los parciales del príncipe y les hizo ver la injusticia que se había cometido despojando de la corona al que tan amado era de los creyentes presentándoles el ejemplo del primer Abderraman fundador del imperio onmiada, que postergando á sus dos hijos mayores y dando la corona al tercero Hescham había así atendido más la capacidad que la primogenitura.

Muchas reuniones tuvieron los conjurados en el palacio de Mervan, centro entonces de las ciencias y la civilización de España, y por último señalaron día y hora en que enarbolado el estandarte de la rebelión se diese fin al proyecto; señalóse para las doce de la noche inmediata en los jardines de Azahara, como punto el más á propósito por estar cercano de los arrabales de Córdoba donde residían los parciales y amigos del príncipe.

Esto ya así y todo preparado, don Garcías como de costumbre salió á gozar de las delicias del amor con la bella esclava en el pabellón del califa, y á esperar la hora en que debía ponerse á la cabeza de un grupo amotinado; pero la Providencia velaba en favor de Abderraman; los devaneos de la esclava eran tan públicos que en aquella misma noche el califa había recibido avisos de lo mal correspondido de su amor; y quiso cerciorarse por sí mismo de la falsedad de su favorita.

A Azahara marchó por un camino subterráneo que desde su palacio de Córdoba allá conducía; rumor vago oyó en los jardines antes de llegar al pabellón, y por medio de los secretos acústicos que poseían los árabes, y de los cuales nos han dejado vestigios los edificios que aun de ellos nos restan, pudo enterarse de otra cosa bien distinta de la que en mientes traía; pues solo temía los disfavores de una débil mujer, y descubrió la malquerencia de uno de sus hijos y los cómplices todos de una rebelión que hubieran acabado con el imperio después de acabar con la vida del que lo mandaba. A Córdoba marchó por el mismo sendero, á la cabeza de su guardia puso á su hijo mayor; y con ella cercó los contornos de Azahara; estrechados los sitiados á manera de fieras en ojeo de montería, todos se rindieron á discreción.

El emir hizo cortar la cabeza de todos en los mismos jardines de Azahara; don Garcías espiró en el pabellón del califa; solo pudo salvarse del furor de Abderraman, su hijo que á los ruegos de su hermano y de las gentes de valía fué perdonado; en atención á su edad y á sus buenas prendas.

De luto y llanto cubrióse la ciudad de Córdoba, por ser los conjurados hombres de calidad y nombre; y el palacio de Azahara y sus maravillas miradas con horror por la gente culta, y con pavor por el sencillo pueblo que creía ver todas las noches vagar sombras por sus desiertas alamedas y oír ruido de combatientes, y agitarse la estatua de la esclava hermosa, pidiendo venganza á los cielos de la muerte dada á su querido don Garcías.

A. BENAVIDES.

Ataque de Cachan y de la casa Millaud.

El parte militar sobre el ataque de Cachan y de la casa Millaud que representa nuestro grabado, dice así:

20 de octubre.

La Faisanderie ha continuado tirando ayer con resultado sobre varias casas que servían de puestos al enemigo: el fuerte de Charenton ha cañoneado varias posiciones delante de Choisy-le-Roi, y particularmente la batería de Thiais, que incomodaba nuestros trabajos delante de Villejuif; su fuego ha sido apagado al sexto tiro.

Esta noche, como ayer, el tiroteo se ha dejado oír por

dos veces; el enemigo ha tratado, pero sin éxito, de atacar nuestras avanzadas de Cachan y la casa Millaud. Los obuses de los fuertes han alcanzado sus reservas hasta la Hay, Bourg-la-Reine y Bagneux.

En este momento (las once menos cuarto) los bastiones números 62, 63 y 64 y el Monte Valeriano cruzan sus fuegos sobre los trabajos del enemigo en Montretout y en Garches.

Los marinos del fuerte de Montrouge.

Los marinos del fuerte de Montrouge han ejecutado un golpe de mano de los mas atrevidos.

Habiendo sabido por tres francos tiradores que un convoy de víveres prusiano estaba detenido con su escolta delante de la aldea de Thiais, los valientes mari-

nos se deslizaron por las viñas y los campos hasta la entrada de aquella localidad, donde ocho dias antes habia habido un combate muy encarnizado.

Esta vez los prusianos fueron los sorprendidos: los marineros se lanzaron sobre el campamento, se apoderaron de los fusiles que estaban en pabellones y se precipitaron sobre el enemigo armados de hachas, puñales y bayonetas.

Mas de 80 prusianos quedaron en el campo. Los restantes se replegaron á toda prisa sobre la aldea, huyendo en medio del mayor desorden y abandonando los carros llenos de provisiones de toda especie, aguardiente, café y tocino.

Los marinos ocuparon la posicion hasta la mañana del dia siguiente; pero antes de dejar la plaza arrastraron consigo tres furgones y quemaron los otros. Es muy de notar que en toda esta expedicion no se disparó un solo tiro, y que los marinos todos quedaron ilesos, en tanto que los prusianos sufrieron pérdidas considerables.

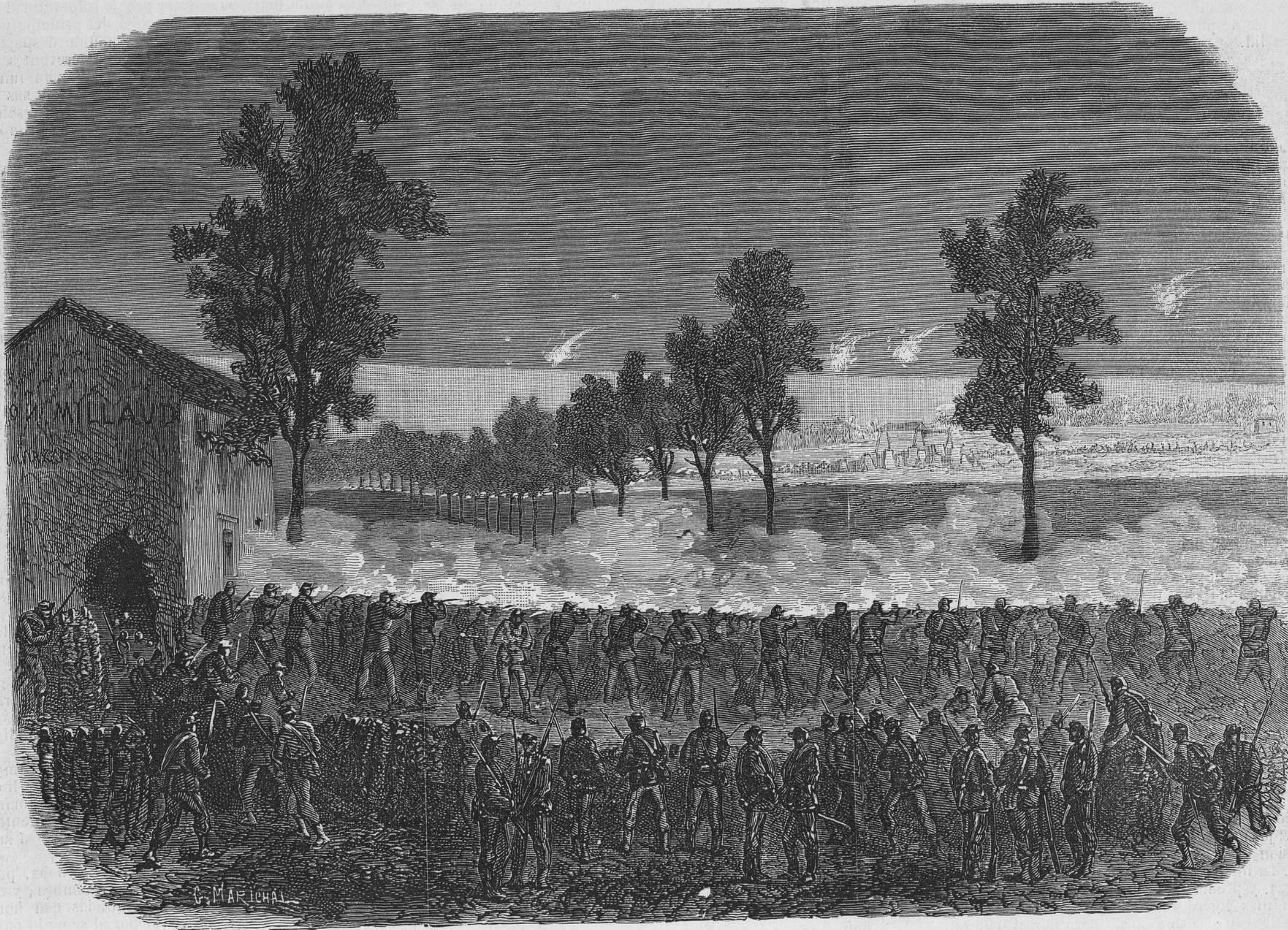
El comandante del fuerte mandó repartir entre sus hombres el contenido de uno de aquellos carros, y no hay para qué decir si habrán aprovechado la ocasion de festejar su proeza.

R. S.

Estudios históricos.

EL CARDENAL CISNEROS.

En la villa de Torrelaguna vió la luz nuestro héroe el año 36 del siglo XV. Sombrecaban su modesta cuna antiguos timbres de heredada nobleza, pero que desaparecen todos de mi vista ante los de otra nobleza mil



Accion de Cachan en la noche del 19 al 20 de octubre. — La barricada de la casa Millaud durante el combate.

veces mas preciada, la de su mérito personal, la de su virtud, de quilates tan subidos, que ella sola, refluendo sobre el curso genealógico de sus ascendientes, bastaria para ennoblecerlos á todos. Entre las bendiciones y cariños paternos crece cual tierna y preciosa planta, que extiende sus ramos y abre sus capullos á los rayos del sol, de la razon y de la gracia en la atmósfera vivificante del santo temor de Dios; siendo á los diez años la admiracion de Alcalá y despues de Salamanca, por el desarrollo simultáneo de su corazon y de su entendimiento, puro aquel en la época mas peligrosa de la vida, enriquecido este con los tesoros de la ciencia.

No me detengo en referir los trabajos y penalidades de su viaje á Roma, donde recibió la sagrada ordenacion y ejerció por seis años con aplauso el oficio de abogado consistorial, ni en comentar la horrible persecucion que á la vuelta desplegara contra él don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, para hacerle de-

sistir de su derecho á la prebenda que le confiriera el Pontífice.

Eserito está que el oro se prueba en el fuego y el varon fuerte en la tribulacion; y la que sufrió entonces nuestro héroe fué terrible y espantosa, capaz de hacer sucumbir mil veces los mas alentados corazones; pero era la base que Dios sentaba para levantar sobre ella el edificio magnífico de su gloria, segun le anunciara con espíritu profético como á otro José en Egipto un compañero suyo de infortunio. Seis años de calabozos y de grillos en las fortalezas de Uceda y de Santorcaz, sufridos con una fortaleza inquebrantable, tan impasible á los halagos como á las amenazas, y con una mansedumbre incapaz de turbarse por ningun movimiento de ira, de rencor, ni aun de impaciencia, tan natural y excusable en el ánimo mas pacato cuando sufre injustamente, nos presentan ya una revelacion anticipada del sello principal de su carácter; de aquel temple elevado de su alma, de aquella energia de corazon, que

abroquelado en su fe, en su razon, en su conciencia, arrostra impávido y vence cuantos obstáculos le salen al paso en el camino misterioso de los altos destinos á que le guia la mano invisible de la Providencia.

Esta al fin disipa aquella tempestad de entre cuyas sombras Cisneros, fortalecido con la lectura asidua de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, sale mas radiante y puro, á semejanza del astro de la luz al disipar la nube que un momento eclipsara su brillante resplandor.

Puesto en libertad sin condicion y sin menoscabo alguno de su derecho, ostenta la grandeza de su alma dejando de grado la prebenda que no pudo hacerle abandonar la fuerza, permutándola por otra de Sigüenza, donde se presenta á su vista un porvenir mas risueño y venturoso con la posesion de otros varios beneficios y pingües administraciones, y sobre todo con el trato y amistad de su dignísimo obispo don Pedro Gon-

zalez de Mendoza, llamado con justicia el Gran Cardenal de España. Nombrado por aquel prelado insigne vicario general y gobernador de la diócesis, comienza á desplegar las grandes dotes de su alma, corrige los abusos, hace florecer la disciplina, siembra por do quiera gérmenes fecundos de piedad y de virtud, ceba los cimientos de aquel insigne colegio, gobernado por sus mismas leyes hasta estos últimos tiempos, y adquiere el conocimiento del griego, del hebreo y del caldeo; semillas preciosas, que germinando en aquella alma grande, fuente inagotable de los mas enaltecidos pensamientos, habian de producir un dia las dos obras monumentales y prodigiosas de su celo y de su amor á las letras, la Biblia Complutense y la Universidad de Alcalá.

Peró ¡qué cambio de escena tan completo y sorprendente se nos presenta á la vista! ¡Qué admirable es la Providencia del Señor para con nuestro Cisneros! Cuando, vencidas tantas penalidades y contradicciones, parece allanarse bajo sus piés el camino de la fortuna y

de la gloria, y le vemos subir con desembarazo y rapidez al Tabor de las grandezas que le tiene destinadas en el mundo, complácese en arrebatarlo de en medio de la sociedad y conducirlo, guiado por sublime inspiración de lo alto, al retiro, á la oscuridad, al Calvario de la penitencia.

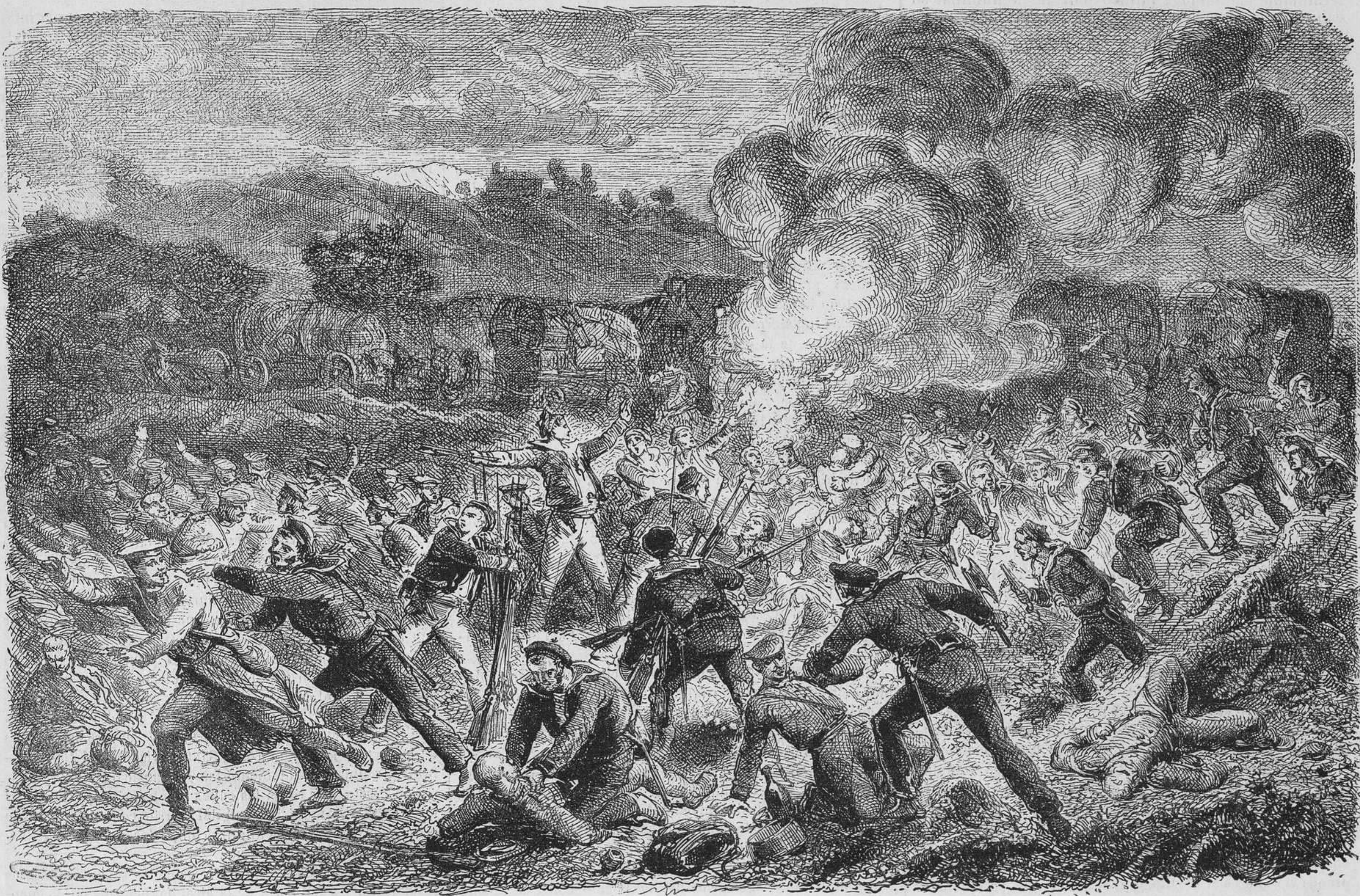
Beneficios, empleos, comisiones, honores, riquezas, porvenir, hasta su mismo nombre de Gonzalo, vedlo de repente trocado todo por el humilde sayal y el nombre de san Francisco, en el convento de San Juan de los Reyes, que los católicos acababan de fundar en Toledo.

¿Y quién dirá el vuelo generoso con que aquella alma grande, rotos por completo los lazos del mundo, remóntase hácia la cumbre de la perfeccion evangélica? ¿Y el fuego de amor divino que penetra y abrasa hasta las mas hondas fibras de su corazon? ¿Y su perpetuo silencio, y su obediencia rendida, y su humildad profundísima, y su contemplacion estática, y aquella asombrosa austeridad que, sobrepasando los votos y

preceptos, y consejos de la santa regla, inventa sin cesar medios inauditos de mortificacion, y que huyendo como azorada de los aplausos y admiracion que excita en Toledo y en el Castañar, lo lleva á esconderse en el desierto en una choza fabricada con sus manos, para renovar allí los prodigios de la Nitria y de la Tebaida?

Prodigios de gracia y de virtud, conocidos solo de aquel Dios que se complace en preparar con ellos el alma de Francisco para sus altos designios, que otra vez le son anunciados por la vision misteriosa que le refiere un santo religioso. Prodigios que semejantes á los cimientos de un grandioso edificio escondidos en la oscura profundidad de la tierra, son el secreto origen de todas las maravillas que admiramos en este grande hombre, y la base firmísima de toda su elevacion.

Porque allí en aquel período de oscuridad y de silencio, en aquella vida escondida en Jesucristo, en la contemplacion de las verdades eternas, entre el rocío de la



Los marinos del fuerte de Montrouge apoderándose de un convoy de víveres.

gracia y el fuego de la penitencia, es donde se acrisola su alma y se completa y adquiere todo su temple el gran carácter moral de Cisneros.

Vedlo salir de allí cuan antorcha luminosa para ser colocada sobre el candelero, é inundar el horizonte español con sus brillantes resplandores.

La ciudad de Granada acababa de rendirse á la constancia y heróicos esfuerzos de los Reyes Católicos, tremolaba ya victorioso el estandarte de la cruz sobre las rojizas almenas de la Alhambra, cuando nombrado para su primer arzobispo el piadoso Hernando de Talavera, confesor hasta entonces de la excelsa reina, llama esta, por consejo del cardenal Mendoza, para reemplazar á aquel en la direccion de su conciencia al penitente Francisco de Cisneros, que olvidado del mundo yacia sepultado en las selvas del Castañar y de la Salceda.

¡Eleccion feliz que entraña el mas cumplido elogio de aquellas tres grandes almas, que la Providencia amorosa del Señor aproxima y reúne en identidad de virtudes y de altos pensamientos para gloria de nuestra patria! Modesto, grave, austero, preséntase Cisneros en

el gran mundo arrebatando la admiracion de todos los cortesanos, quienes, segun el testimonio de Pedro Martir de Angleria, creen ver en él un penitente de la Tebaida, un oráculo, un santo.

Así que su ascendiente sobre el corazon de aquellos reyes, tan dignos y tan capaces de reinar y gobernar por sí mismos, no se limita á los asuntos de conciencia, sino que hasta los mas graves negocios del Estado, y todas sus grandes empresas y nobles aspiraciones sométense al fallo del humilde religioso. ¿Empero las galas y el esplendor de la corte fascinarán su vista? ¿Mareará su cabeza el incienso de la adulacion? ¿Trepazarán sus piés en tantos lazos como suele haber tendidos sobre las mullidas alfombras que cubren el pavimento del regio alcázar?

¡Ah! no: Cisneros solo e presenta en él cuando lo reclama el desempeño de su ministerio, condicion precisa que impuso para aceptarlo; vive siempre en el claustro, en la rígida observancia de la regla, y esparciendo por todas partes, ora súbdito ora prelado, los brillantes y anticipados destellos de aquella reforma ge-

neral de institutos religiosos, cuya difícil y arriesgada empresa ya otras veces intentaba en vano, solo él puede en gran parte llevar á gloriosa cima por entre el torbellino de quejas, reclamaciones y calumnias, que en vez de apagar su caridad y de entibiar su celo, y de abatir su constancia, y de eclipsar su gloria, conviértense en otros tantos trofeos, y en pedestal magnífico que la ensalza para hacerla campear en otro nuevo y mas vasto horizonte.

El arzobispo de Toledo, dignidad la primera del reino por sus riquezas é influencia, venia siendo por mucho tiempo como patrimonio de la alta nobleza, y no pocas veces funesta á la tranquilidad del pais y al esplendor de la corona; y deseando el genio previsor de la excelsa reyna evitar funestas contingencias, trata de dar un digno sucesor al gran cardenal Mendoza. ¿Y quién será digno de reemplazar aquella figura colosal, aquel genio tutelar del trono y de la patria, sobre cuya frente brillaran en tiempo de Isabel y de Fernando las inmarcesibles glorias que en el de Berenguela y de su santo hijo ciñeran la del gran Rodrigo Ximenez de Rada? ¡Quién

había de ser! El que bajo sayal humilde, ceñido con cordón de esparto, abrigaba una grandeza de alma, una energía de corazón, un temple de carácter, un celo por la gloria de la fe y la prosperidad de su patria, que lo harían brillar cual nuevo sol entre aquellos dos astros luminosos de nuestra grandiosa historia.

« Mirad, padre mio, lo que dice Su Santidad en estos papeles. » Tales fueron las palabras de inefable satisfacción y ternura pronunciadas por la gran reina al poner las bulas en manos de su santo confesor, ignorante de su elección. Tómalas aquel con reverencia y lee: « A nuestro venerable hermano fray Francisco, arzobispo de Toledo. »

— Señora, exclama turbado y lleno de espanto, no es esto para mí.

Y dejando caer en tierra cual si fuese un hierro candente el papel que tenía en la mano, huye despavorido y atónito como si lo persiguiera un espectro. ¡ Ah! ¡ Qué ejemplo de humildad tan elocuente y digno de ser imitado! ¡ Oh! ¡ Tiempos felices cuando las dignidades, honores y destinos, lejos de ser patrimonio del favor, de la adulación y de la intriga, siguen por do quiera á la virtud y al mérito, como la sombra al cuerpo, que cuanto mas huye de ella mas lo persigue!

En vano, pues, huye Francisco y se resiste, y lucha su humildad por espacio de seis meses; el precepto terminante del Sumo Pontífice obligale á humillar su cabeza bajo el yugo del apostolado, y á tomar en su mano el báculo pastoral.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

La semana ha sido fecunda en grandes acontecimientos, de los cuales hay algunos que no han recibido la solución completa todavía.

El lunes 31 de octubre el gobierno de la defensa nacional daba á conocer á los parisienses una infausta nueva, que no por estar prevista debía causar en todos los corazones una impresión menos dolorosa y terrible: era la de la rendición de Metz con el mariscal Bazaine y su ejército, que al cabo de esfuerzos heroicos que no podían continuar por la falta de víveres y municiones, habían tenido que deponer las armas y eran prisioneros de guerra. ¡ Última etapa de la desastrosa campaña que la Francia militar emprendió hace tan corto tiempo contra la Prusia!

Justamente con tan amarga noticia el gobierno dió otra de distinta índole: dijo que M. Thiers había llegado á Paris de vuelta de su viaje diplomático á Londres, San Petersburgo y Viena, y que gracias á la fuerte impresión que la resistencia de Paris está produciendo en Europa, se habían reunido Inglaterra, Rusia, Austria é Italia, para proponer á los beligerantes una suspensión de armas, durante la cual tendrá efecto la elección de una Asamblea Constituyente.

M. de Bismark que se había mostrado tan imperioso, tan intransigente en la inolvidable entrevista con M. Jules Favre, había debido ceder á la presión de las grandes potencias y entrar en negociaciones aceptables para concluir un armisticio, que permita á la Francia manifestar su voluntad soberana acerca de la continuación ó de la conclusión de la guerra.

Grandes elogios se hacen de la habilidad y el talento que ha desplegado el eminente hombre de Estado francés en sus entrevistas con los gobiernos y soberanos extranjeros; y prueba de ello es el resultado importante que ha obtenido. La frialdad con que tropezó al principiar su delicada misión se fué cambiando poco á poco en simpatía, hasta que por fin produjo el efecto deseado, esto es, la iniciativa de una intervención amistosa que proviene, según parece, del emperador de Rusia.

Sea como quiera, la noticia de estas primeras negociaciones de armisticio que la gran mayoría de la población de Paris recibió como un calmante al último y terrible desastre de la rendición de Metz, excitó en el partido exaltado sentimientos muy distintos.

Apenas conocida, los jefes de este partido llamaron á sus correligionarios, soliviantaron los ánimos diciendo que se trataba de una capitulación vergonzosa y se pusieron en marcha hácia el Hotel de Villa, donde la mayor parte de los miembros del gobierno deliberaban sobre los graves asuntos que solicitan su atención todos los instantes del día.

Triste, muy triste es la narración que tenemos que hacer aquí de las escenas que se sucedieron en el palacio municipal hasta las altas horas de la noche.

El gobierno provisional estuvo preso por los revoltosos que se constituyeron en poder seguidamente, y tomaron disposiciones para la elección al siguiente día de la Comuna revolucionaria, aquella nefasta institución del año 1792, á cuya cabeza estaba Marat y que usurpó las facultades de la Asamblea, del poder civil y hasta el judicial, para hacer de tan despótica tiranía el uso que todos sabemos.

La noche del 31 de octubre Paris tuvo otro gobierno compuesto de Flourens, Blanqui, Felix Pyat y otros, muchos de ellos, como Luis Blanc, Victor Hugo, etc., sin que hubieran dado su asentimiento; pero al estupor que causó tan inaudito é inesperado cambio, sucedió muy luego un movimiento general de oposición contra los criminales autores de tan vituperable tentativa; la guardia nacional corrió á las armas, se reunió la guardia movilizada y á las tres ó las cuatro de la madrugada el Hotel de Villa estaba libre de los invasores y quedaba mas asegurado que nunca el gobierno de la defensa nacional aclamado el 4 de setiembre.

Los hechos son tan graves y de tal interés que las breves líneas que preceden no pueden bastar á satisfacer la justa curiosidad del lector que sin duda desea mas pormenores. Además, el acontecimiento figurará en las páginas de la agitada historia de nuestros días, y por lo tanto importa consignarle aquí con el carácter mas auténtico.

Por esta doble razón vamos á traducir íntegra la relación oficial publicada el 2 de noviembre en el periódico del gobierno.

Dice de este modo:

« La Francia no puede tener mas que una idea, rechazar la invasión, y el gobierno de la defensa nacional desde su instalación, ha trabajado de día y de noche en expulsar á los invasores. Paris le ha sostenido admirablemente en la lucha por su valor ante el enemigo y por su resignación ante las privaciones que trae consigo un sitio prolongado. Contaban con nuestras divisiones y las olvidamos; no deben renacer, porque una sola jornada de desorden en la ciudad nos es mas funesta que dos batallas perdidas.

Ayer dimos á conocer á los parisienses la noticia de la capitulación de Metz; el gobierno no supo este desastre sino la víspera por la noche, y fiel á sus costumbres de absoluta sinceridad la publicó al recibirla. Al mismo tiempo anunciaba que el enemigo había recobrado la posición del Bourget. Por último, suceso mucho mas grave, pero de una naturaleza muy distinta, mencionaba la proposición de un armisticio hecha á los beligerantes por las cuatro grandes potencias Inglaterra, Rusia, Austria é Italia.

Una parte de la población creyó que esta negociación introducida no por nosotros ni por el enemigo, sino por las grandes potencias europeas, era indicio de una capitulación; y de este error y de aquellas noticias nació una emoción profunda que desde la noche anterior se manifestó por agrupaciones de gente en los bulevares, y que á las dos de la tarde del 31 de octubre arrojó á la plaza del Hotel de Villa una multitud compuesta de muchos miles de personas.

Después se produjo un grande escándalo. El Hotel de Villa fué invadido, se proclamó un comité de salud pública y los miembros del gobierno estuvieron presos algunas horas. A eso de las ocho de la noche el general Trochu, M. E. Arago y M. J. Ferry fueron arrancados de manos de la sedición por el 106 batallón de la guardia nacional, mandado por M. Ibos; pero M. Jules Favre, M. Garnier Pagés, M. Jules Simon, el general Tamisier y el comandante del 106 continuaron presos.

Hasta las tres de la mañana no concluyeron tan lamentables escenas, gracias á la intervención de los batallones de la guardia nacional, que en número inmenso acudieron en torno del Hotel de Villa bajo la dirección de M. Jules Ferry. Ocupados los patios interiores por la guardia movilizada, varios destacamentos del 10º batallón de la guardia nacional, del 14º y del 4º y los carabineros del capitán M. de Vraisse, hicieron evacuar las salas invadidas, en tanto que por fuera los guardias nacionales que llenaban la plaza, los muelles y la calle de Rivoli, acogían con inmensas aclamaciones al general Trochu que pasaba al frente de las filas.

Seguramente el gobierno habría podido concluir mucho antes con aquella triste insurrección; pero se había hecho un deber de evitar ante todo, un choque en presencia del enemigo. A fuerza de paciencia y de mansedumbre logró evitar un conflicto sangriento. Fué una gran felicidad; pero no pueden renovarse tales aventuras. La guardia nacional no puede ocuparse incesantemente en someter á una minoría facciosa, y es preciso que una vez por todas Paris se pronuncie.

El gobierno consultará á la población de Paris pasado mañana, esto es, en el mas breve plazo posible, sobre la cuestión de saber si quiere tener por gobierno á MM. Blanqui, Felix Pyat, Flourens y sus amigos, reforzados por una comuna revolucionaria, ó si conserva la confianza á los hombres que el 4 de setiembre aceptaron el peligroso y doloroso deber de salvar la patria.

El gobierno se debe á sí mismo después de ese golpe de mano, que ha estado á punto de salir bien, el preguntar á sus conciudadanos si quieren ó no conservarle su confianza. En la situación en que estamos, la fuerza del gobierno no es mas que una fuerza moral, la aclamación del 4 de setiembre ya no basta, es preciso el sufragio universal.

Si el sufragio universal se pronuncia contra el actual gobierno, dentro de veinte y cuatro horas la población parisiense podrá reemplazarle; y si por el contrario, decide que el poder continuará en las mismas manos, los hombres que hoy le tienen le conservarán con esa consagración sincera.

Pero para que nadie se engañe sobre el sentido del escrutinio que se va á abrir, declaramos antes de la elección que la jornada del 31 de octubre debe ser la última de todo el sitio; que no aceptarán ya el poder sino para ejercerle en su plenitud y hasta en su rigor; que no sufrirán ningun obstáculo de los enemigos interiores. Fieles observadores de las leyes, por su propia cuenta obligarán á todo el mundo á mantenerse en la estricta legalidad, á fin de que todos los esfuerzos se reúnan sobre lo que debe ser hoy nuestro único pensamiento, la expulsión del enemigo fuera del territorio.

Que el gobierno pase el tiempo parlamentando ó defendiéndose cuando tiene que obrar sin descanso contra el enemigo; que la guardia nacional y el ejército sufran el frío y la fatiga en nuestras calles cuando deberían estar en las murallas, es un crimen contra la nación y contra el sentido comun y no se reproducirá mas. Se acerca rápidamente el instante de los supremos esfuerzos. La Francia que marcha en nuestro auxilio necesita ante todo saber que estamos unidos y lo estaremos. Tal es el sentido que el gobierno da á la elección del 3 de noviembre y quiere conservarse en esas condiciones ó caer. »

Hasta aquí la relación oficial que hemos reproducida íntegra. Ahora podríamos añadir muchos pormenores sobre la intentona; podríamos decir cómo los revoltosos quisieron imponer su voluntad á los miembros del gobierno que tenían entre sus bayonetas; cómo despacharon emisarios por Paris llevando órdenes á la imprenta nacional, al telégrafo, á las alcaldías, á los ministerios, sin que fueran obedecidas en ninguna parte; cómo se distribuyeron empleos y favores; pero el hecho es demasiado serio y las circunstancias que le acompañaron son demasiado grotescas.

Nos limitaremos á decir que cuando todo se había terminado felizmente para el gobierno actual y para la seguridad de la población de Paris, que teme mas á aquellos alborotadores de oficio que á los mismos prusianos, si así puede decirse, los diarios rojos entonaban un himno de triunfo y anunciaban pomposamente que el gobierno de la defensa nacional había dado su dimisión y que el pueblo de Paris la había aceptado.

Sin embargo, de aquel tumulto salió alguna cosa que pudo producir al siguiente día un nuevo conflicto.

Salió una convocación firmada por Arago, alcalde de Paris, en la que se decía que los veinte alcaldes de la capital habían decidido el 31 de octubre en el Hotel de Villa la elección de la Comuna de Paris, que tendría efecto al día siguiente.

Con efecto, los parisienses estupefactos, después que habían sabido el triunfo del gobierno, ignoraban lo que quería decir aquella convocación en un plazo tan breve.

Afortunadamente, el gobierno se apresuró á declarar que aquella elección era ilegal y además imposible; que el día 3 se votaría el plebiscito de confianza al gobierno y el 5 se harían las elecciones municipales, que no tienen nada que ver con la Comuna.

Era el 1º de noviembre y desde el principio de la tarde la población de Paris emprendía la piadosa visita de costumbre á los cementerios.

El de Montmartre, que se halla en el distrito 18º, recibía una inmensa afluencia de gente que, á las preocupaciones de la fiesta solemne de Todos Santos, víspera del día de Difuntos, reunía evidentemente las preocupaciones políticas.

Con efecto, por todas las calles del tránsito se leían las protestas de la municipalidad del barrio contra la idea de armisticio, calificada de alta traición, y los carteles invitando á las elecciones de la Comuna.

Grupos animados discutían en las calles sobre los sucesos palpitantes, y á la puerta de la alcaldía, ocupada por la guardia nacional, se leían los nombres de los candidatos populares.

Pero ni en este distrito ni en los demás de Paris, conocidos por la exaltación de ideas de sus habitantes, hubo que lamentar ningun choque funesto: la elección revolucionaria no se hizo, y se esperó en todas partes al 3 de noviembre.

El triunfo del gobierno ha sido completo.

Los votos afirmativos, esto es, en favor de la continuación del gobierno actual, han ascendido á 557,996 contra 62,638 votos negativos.

Nunca hemos dudado que la exaltación revolucionaria estaba en Paris en ínfima minoría.

La votación se ha efectuado con el mayor orden, y con una afluencia de votantes que expresan suficientemente aquellos guarismos.

A las siete de la noche del mismo día 3 comenzaron á conocerse los primeros resultados del escrutinio en el Hotel de Villa.

Delante de la puerta principal del edificio se había levantado una tribuna, en la cual se presentó el alcalde de Paris, M. E. Arago, acompañado de sus adjuntos, y á cuyo pie formaban varios batallones de la guardia nacional.

M. Arago, tomando la palabra para manifestar al público los primeros resultados del plebiscito, dijo que no se había visto escrutinio que diese una aprobación tan completa al gobierno que le provocaba; que la jornada del 3 de noviem-

bre borraba el funesto recuerdo de la del 31 de octubre y que aseguraba el triunfo de la República una é indivisible.

El general Trochu, á cuyo palacio se dirigieron despues los batallones de la milicia, se expresó en estos términos :

— Ciudadanos, nos habeis dado la mas imponente consagracion que jamás poder alguno haya recibido, protestando así solemnemente contra las dolorosas violencias del 31 de octubre. No queriamos triunfar. Vuestras aclamaciones nos obligan á salir de la modestia en la que deseamos permanecer siempre. En nombre del gobierno de la defensa nacional os doy las gracias. Ciudadanos, quiero resumir nuestras comunes impresiones en el grito de *¡ Viva la República !* Solo la República puede salvarnos. Y añado que si la perdiéramos nos perderiamos con ella.

Muchas veces el general fué interrumpido por los aplausos.

Tambien M. Jules Favre pronunció un discurso, en el que declaró una vez mas que el gobierno de la defensa nacional que ha jurado no ceder una pulgada del territorio, suceda lo que quiera, seguirá fiel á su compromiso.

No hay para qué añadir que estas palabras, que son la contestacion mas categórica á las protestas contra el armisticio que sirvieron de pretexto al odioso atentado del 31 de octubre, fueron saludadas con inmensas aclamaciones por parte de los 10,000 hombres que habian acudido á esta manifestacion patriótica.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL DOS DE ENERO EN GRANADA.

I.

En la bella Andalucía
Donde ostentaron sus galas,
Con oriental opulencia
Los hijos de Agar y Sara,
Descuella entre pardas nubes
Al lado dn unas montañas,
Monumento tan antiguo
Que apenas su edad aguanta.
Su pié besan presurosos
Los arroyos y cascadas,
Y tal vez por el respeto
Que infunde mole tan alta
Los árboles á porfia
Le tienden sus enramadas
Y con fragancia y colores
Lo aromatizan y esmaltan.
En los hombros colocado
De esta torre veneranda,
Se divisan las alturas
Donde un suspiro de fama,
Que por ser de un rey suspiro
Solo admiracion nos causa,
Lanzó Boabdil de su pecho
Porque de ella se alejaba,
Que en aquel punto recuerda
Su ventura y su desgracia.
Desde esta torre soberbia
En parte desmoronada,
Que hace alarde todavía
En sus moriscas palabras
De no ser jamás vencida
Por las legiones cristianas,
La vista atónita admira
Llanura asaz dilatada,
Campo de mortal contienda,
Vega sin igual lozana
Para degollar cristianos
Por los moros destinada.
Desde allí logran los ojos
Ver cada vez con mas ansia
Una gigantesca sierra
En todos tiempos nevada,
Y al Dauro, y Generalife
Retratándose en sus aguas.
Desde allí tocan las manos
La vigilante campana
Que por estar siempre en vela
La de la Vela la llaman;
Y este monumento antiguo

Está en la hermosa Granada,
Y esta torre misteriosa
Es la torre de la Alhambra.

II.

El rey moro en su aposento
Diz que estaba descansando
Con Aliatar y otros ciento,
Sin temer contrario intento
Del Católico Fernando.
De los alfanges morunos
Tan vivo esplendor lucia,
Que su brillo competia,
Segun nos cuentan algunos,
Con el sol que hizo aquel dia,
Vistoso estaba el Alhambra
Con tanto arrogante moro
Que sin presentir su lloro
Quizá esperaba en la zambra
Cautivar mas su tesoro,
Y es fama que aquella hora
Entre aromas y canciones,
Vaciábase á borbotones
La blanca fuente sonora,
La de los doce Leones,
Allí con variados trajes
Ostentaban sus follajes
Gazules y Almoradíes,
Verdugos de Abencerrajes.
Cuando el rey con sus cristianos
De no triunfar impaciente,
Arremetió de repente,
Y unos y otros á las manos
Llegaron, con furia ardiente,
Con indómita pujanza
La contienda es sostenida
Que á la punta de su lanza
Cada cual pide venganza
Menospreciando la vida.
Trávase con la fiereza
De lucha desesperada ;
Que aquí dan una lanzada,
Allí rueda una cabeza
De sus hombros destroncada.
El amigo al compañero
Ve morir sin remediallo :
Que aunque es jinete ligero,
Le ha cogido por entero
Al resbalar su caballo.
Al cabo de algunas horas
De sangre y de incertidumbre,
De las torres en la cumbre
Se fue eclipsando la lumbre
De las alabardas moras.
Que el rey con los de su bando
Al Alhambra iba subiendo
Y subia degollando :
La torre á palmos ganando
Do se estaban defendiendo.
Hasta que de allí á un momento
De la cruz fué enarbolado,
E nel regio pavimento
El pendon, ensangrentado
Del asalto violento.

III.

De tanto arnés brillante y tanto moro,
De aquellos cides que lidiar supieron
Y su altivez intrepida vencieron :
De aquel alcázar que potente un dia
De reyes trono, amedrentó al cristiano,
Un recuerdo ¡ ay dolor ! nos queda vano
Imágen de apagada fantasia.
Las altas torres que la infausta guerra
Les hizo edificar, yacen por tierra.
Tan solo tres quedaron
Para contar que ciento edificaron.
Las plazas espaciosas cuya arena
Con firme planta hollaban arrogantes
Cuando bajaban de velar la almena :
Las fuentes susurrantes

Que cercadas se vieron de turbantes :
Aquellas calles tanto paseadas
En coloquios de amores y miradas,
A la par que desiertas
De yerba están cubiertas.
Porque de tanta hermosa y de sus galas
Oh tiempo destructor, piedad no hubiste
Y de recuerdo triste
¿ Hoy el rigor nos colma de tus alas ?
Pero si el ansia que me agita as vana ;
Si tu mision se atiene
A ser compás de la existencia humana,
Y no puedes volver á nueva vida
Ni la hispana grandeza
Ni la oriental belleza
Que por tu influjo atroz fué destruida,
Negar nunca podrás al pensamiento
Mas atrevido y alto que tu esfera,
Maldiga la impiedad de tu carrera
Y con profundo dolorido acento
Invoque de tus víctimas los nombres,
Y ofrezca á su memoria
Fiesta que ostente su invencible gloria :
Que solo admiracion cabe en los hombres.

IV.

Desde aquel glorioso dia
Que al sacro nombre de patria
Empuñando sus aceros
Los fieles hijos de España,
Con ignomia lanzaron
A los moros de Granada,
Suspiros de su agonía
Colma al fin de su desgracia,
Desde entonces su memoria
Por excelencia bizarra
Se festeja el mismo dia
En que fué reconquistada.
De los pueblos de su vega
Las gentes suben y bajan,
Y se atropellan y rien
Y triscan en el Alhambra,
Y pugnan tambien á veces
Por tirar de la campana.
Que en el curso de la noche
Repite sus capanadas,
Para que en la vega sepan
Cuando han de partir las aguas ;
Y á tañirla tambien corren
Segun publica la fama
Porque las doncellas juzgan
Que si la tocan se casan.
Allí se ven entre el gozo
Y la rústica algazara,
Cuantas hermosas cobija
El claro sol de Granada.
Que si en otro tiempo moras
Fueron las enamoradas,
Hoy son flores españolas
Las que aquei suelo engalanan.
Todo es fiesta y alegría :
Las fuentes corren ufanas :
Uno admira este arabesco,
A otro la torre le pasma.
Y contemplativo y triste
Alguno quizá no falta ;
Mas parece que ayer fué
La victoria que decantan.
Así los hombres perecen :
Así los siglos se pasan,
Y en tanto así se celebra
El dos de enera en Granada.

FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.

La accion del 21 de octubre.

Hé aquí el parte del general Ducrot sobre la accion del 21 :

22 de octubre á las cuatro de la tarde.

Señor gobernador : ayer se ha ejecutado la salida que

habiais ordenado, en conformidad al programa que habia tenido el honor de someteros.

Las tropas de ataque estaban formadas en tres grupos:

1er grupo. General Berthaut, 3,400 hombres de infantería, 20 cañones, un escuadron de caballería; destinado á operar entre el ferro-carril de Saint-Germain y la parte superior de la aldea de Rueil.

2o grupo. General Noel, 1,350 hombres de infantería, 10 cañones; destinado á operar sobre el lado Sur del parque de la Malmaison y en la barranca que baja desde el estanque de Saint-Cucufá á Bougival.

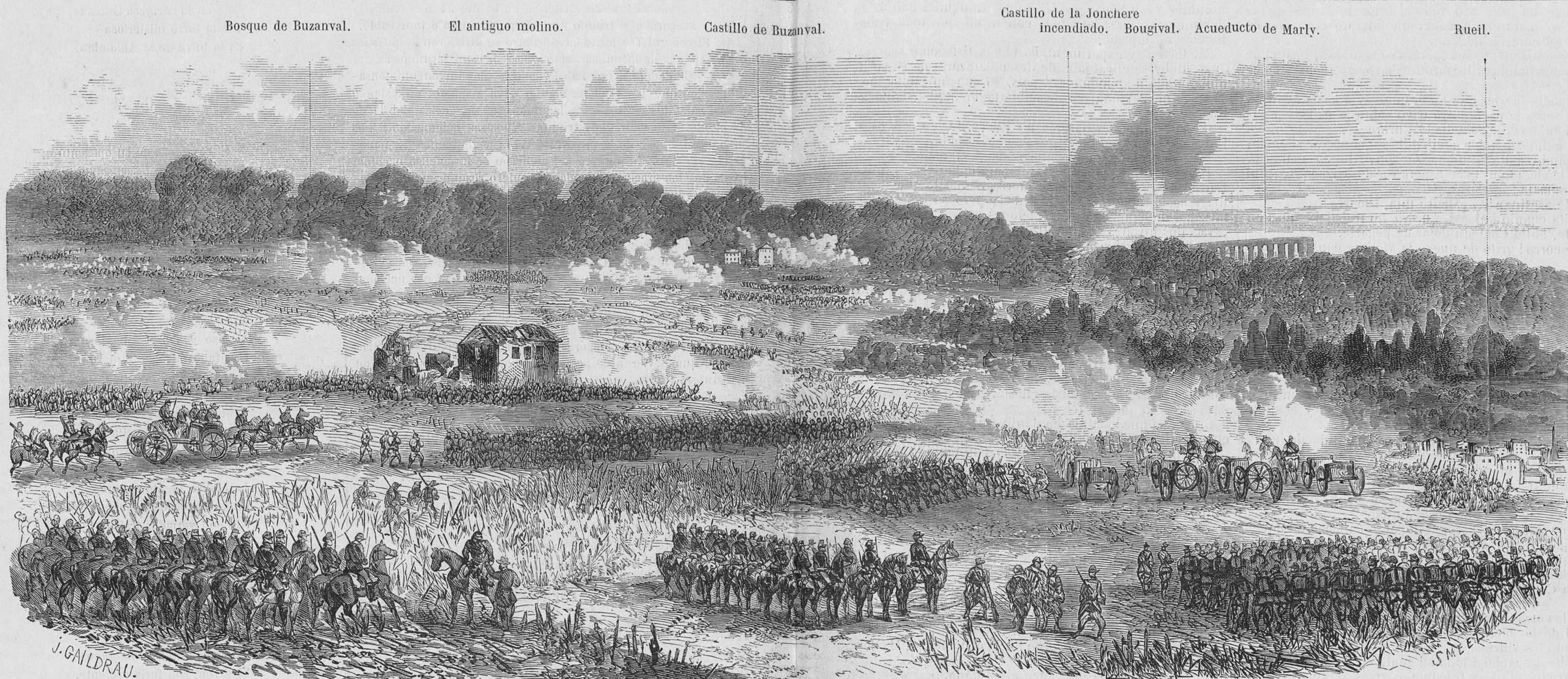
3er grupo. Coronel Cholletou, 1,600 hombres de infantería, 18 cañones, un escuadron de caballería, destinado á tomar posición delante del antiguo molino encima de Rueil, á unir y sostener la columna de la derecha y la de la izquierda.

Además, se habian dispuesto dos fuertes reservas, una á la izquierda á las órdenes del general Martenot, compuesta de 2,600 hombres de infantería y 18 cañones; la otra en el centro, mandada por el general Paturel, compuesta de 2,000 hombres de infantería, de 28 cañones y 2 escuadrones de caballería.

A la una todo el mundo estaba en posición y la artillería abría su fuego en toda la línea, formando un vasto semicírculo desde la estación de Rueil hasta la alquería de la Fouilleuse; concentró su fuego durante tres cuartos de hora sobre Buzanval, la Malmaison, la Jonchere y Bougival. Durante este tiempo nuestros tiradores y nuestras cabezas de columnas se acercaban á los objetivos, es decir, la Malmaison, para las columnas Berthaut y Noel, Buzanval para la columna Cholletou.

A una señal convenida, la artillería ha cesado instantáneamente su fuego y nuestras tropas se han lanzado con un arrojo admirable sobre los puntos designados; han llegado prontamente á la barranca que baja desde el estanque de Saint-Cucufá al ferro-carril americano, rodeando la Malmaison. La izquierda del general Noel ha pasado esta barranca y ha subido las cuestas que conducen á la Jonchere; pero se ha encontrado detenida en breve por un fuego violento de fusilería, partiendo de los bosques y de las casas en que el enemigo habia permanecido emboscado, á pesar del fuego de nuestra artillería.

Al mismo tiempo cuatro compañías de zuavos, bajo



Salida del 21 de octubre bajo el mando del general Ducrot. — Vista tomada durante la accion desde la altura que domina á Rueil.

las órdenes del comandante Jacquot, se encontraban detenidas en el ángulo que forma el parque de la Malmaison, mas arriba de la Jonchere y habrian podido estar muy comprometidas sin la enérgica intervencion del batallon de Seine-et-Marne que ha llegado muy á propósito para desembarazarlas. Este batallon ha avanzado resueltamente sobre las cuestas que dominan á Saint-Cucufá, apoyando su derecha en el parque de la Malmaison; ha abierto un fuego muy vivo sobre el enemigo que ha obligado á retroceder y ha permitido así la entrada en el parque de las cuatro compañías de zuavos.

Desde el principio de la accion cuatro ametralladoras, bajo las órdenes del capitán de Grandehamp y la batería de á 4 del capitán Nismes, el todo bajo la dirección del comandante Miribel se habia adelantado con una audacia notable, muy adelante para sostener la accion de la infantería. Sus posiciones eran muy bien elegidas y los resultados obtenidos han sido satisfactorios.

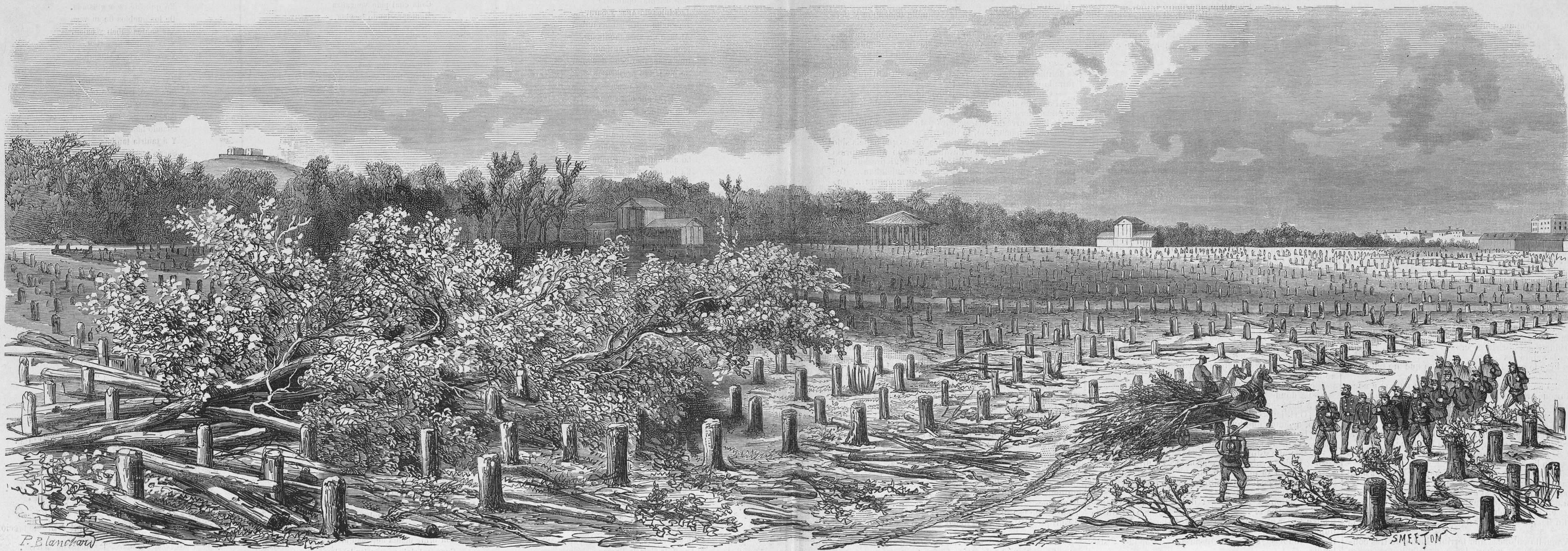
Al mismo tiempo los francos-tiradores de la segunda division mandados por el capitán Faure Biguet (columna Cholletou), se precipitaban sobre Buzanval, entraban en él y se dirigian por el bosque hácia el borde de la barranca de Saint-Cucufá.

Hácia las cinco, llegando la noche y habiendo cesado el fuego por todas partes, he prescrito á las tropas entrar en sus cantones respectivos.

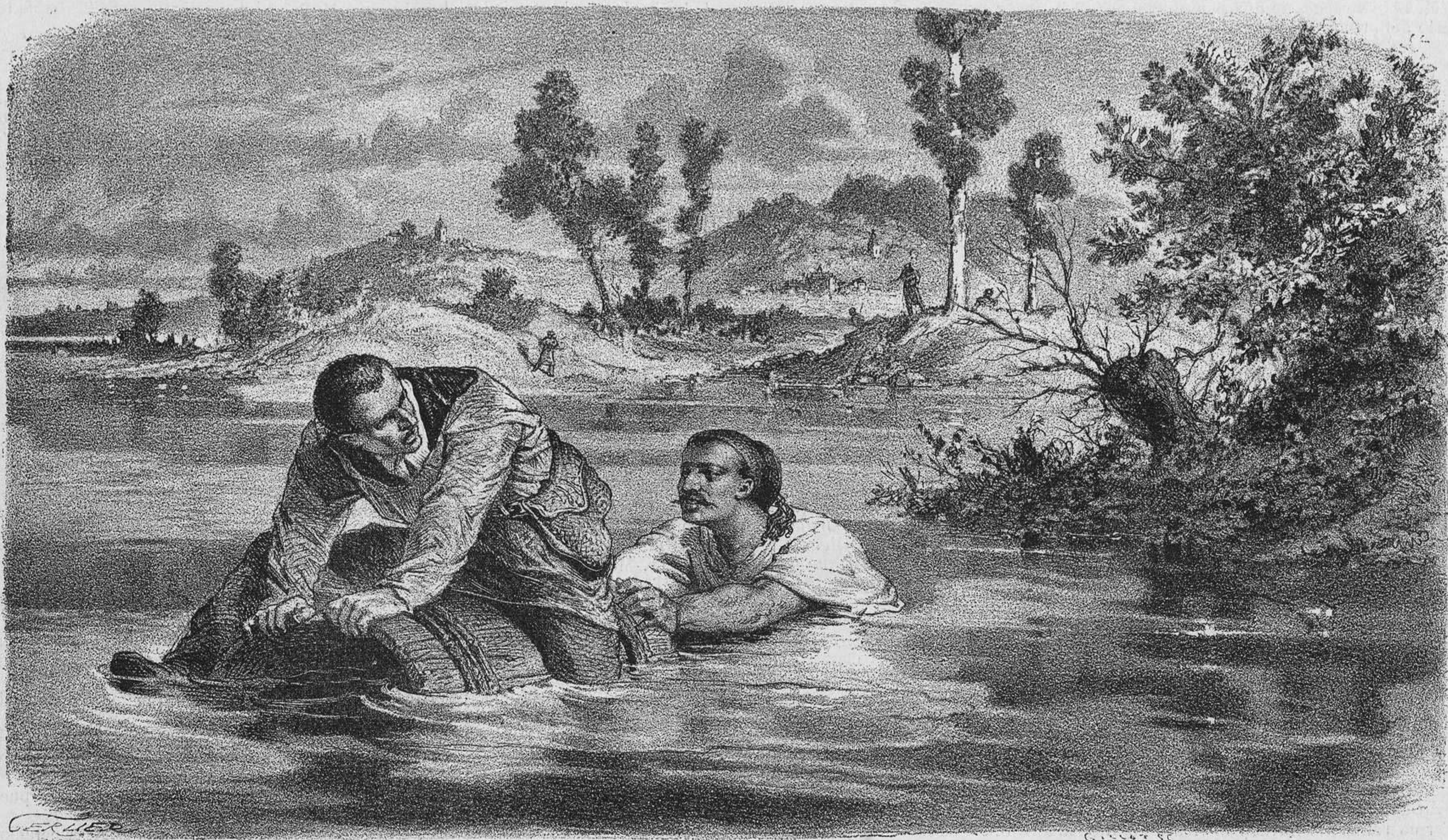
Habiamos tenido delante de nosotros durante el combate la 9a division del 5o cuerpo prusiano, una fracción del 4o y un regimiento de la guardia. Estas tropas no nos han opuesto mas que una fuerza de artillería inferior á la nuestra.

En resumen, el fin se ha logrado, es decir, que hemos arrebatado las primeras posiciones del enemigo, que le hemos forzado á hacer entrar en línea fuerzas considerables, que expuestas durante casi toda la accion al fuego formidable de nuestra artillería, han debido tener grandes pérdidas; el hecho está probado además por el relato de varios prisioneros que hemos hecho.

Pero lo que me complace particularmente en reconocer con un sentimiento de gran satisfaccion, es la excelente actitud de nuestras tropas: zuavos, guardias móviles, infantería de línea, tiradores Dumas, francos-tiradores de Ternes, francos-tiradores de la ciudad de Paris, todos han hecho su deber. Las baterías del co-



DEFENSA DE PARIS. — Aspecto del bosque de Boulogne en la zona contigua al recinto fortificado, cerca del lago.



EPISODIOS DEL SITIO DE PARIS. — El sargento de zuavos Lecomte salvando á un mensajero del ejército.

— ¡Oh, un gentleman! dijo Cole.
 — Sí.
 — ¿Y queréis que me escape?
 — Bebed mas y serenaos; estais pálido como un difunto.

Con efecto, los sentidos de Sam Cole parecian muy trastornados con aquel peligroso ejercicio que habia hecho.
 Sin embargo, la segunda libacion le devolvió toda su sangre fria.

Entonces M. Coventry le explicó que debia salir de la casa por la puerta exterior, cuyos cerrojos debia buscar á tientas y descorrer sin hacer ruido.

(Se continuará.)



LA GUERRA. — Estudios retrospectivos — Curacion de un herido.

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

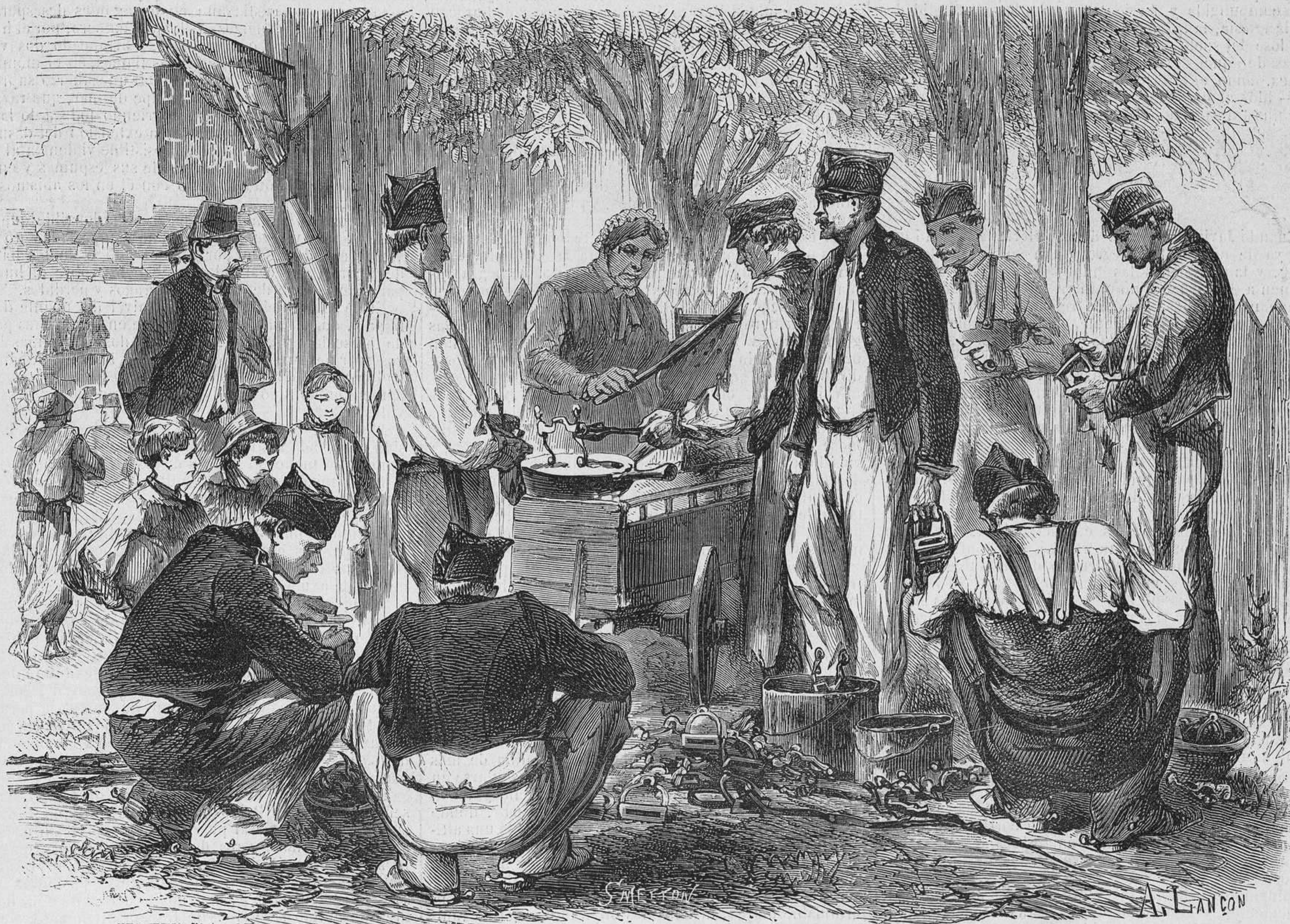
(Continuacion.)

— Déjame mi soledad, continuó Javier, aunque sea la del crimen, aunque sea la de una fiera... Déjame la esperanza de mi penitencia, con la obstinacion perseverante de mi culpa... Eterno y solitario atleta, vencedor ó vencido de mi lucha incesante, no quieras mudar con un encanto sacrilego la fisonomía de mi adversario; no quieras buscar otros recursos de olvido ni

otros intentos de esperanza; déjame la integridad desventurada de mi memoria indeleble... déjame la eternidad abrasadora de mi amor inextinguible... déjame solo con Dios, para que ruegue y que lllore; porque cuando el mundo no tiene remedio para el alma, solo Dios puede darle la salvacion...

Irene no habia podido resistir al efecto de estas fulminantes palabras. Era mas de lo que permitian las fuerzas de su voluntad, los medios de su resistencia y los auxilios de aquella religion, sobre cuya eficacia tal vez habia concebido en esta conferencia una pavorosa duda. A las últimas frases de aquel hombre, que sonaban en sus oidos como la trompeta del ángel de la resurreccion retumbará en el polvo de los osarios, sus entrañas habian oido la voz de la vida, y se habia puesto de pié delante de su sillón, como si se alzara de dentro de una tumba. Parecíale en verdad, que dejaba las mansiones habitadas de frias fantasmas, donde el aliento que se respira es helado, por una atmósfera caldeada por el hálito vital, en que se siente la respira-

cion inflamada de la carne. Habíanse despertado en su seno, y corrian á lo largo de sus venas, extrañas sensaciones, por mucho tiempo paradas ó comprimidas. Un sentimiento vivísimo de la propia existencia, una percepcion desusada de su misma personalidad, desvanecian en aquel momento en ella toda afeccion ó pensamiento exterior, toda preocupacion de interés ajeno todo sentimiento expansivo; concentrando toda su atencion interna sobre la conciencia de su propia vitalidad, de improvviso rejuvenecida. Obra ahora sobre ella en aquella estancia solitaria la fascinacion del mundo natural; siéntese iluminada en aquella atmósfera tenebrosa por la reverberacion de un sol de calor en un firmamento de luz... Aquellos olvidados nombres de pasion, aquellas imágenes vagas de placer, habian removido en las cenizas de sus memorias chispas de celos sofocados, de envidias comprimidas, de caricias recordadas, de fuegos desapiadadamente extinguidos, de deseos sin nombre ni voluntad, allá en el fondo del pecho, con eternos cilicios atormentados y sujetos... Todo



LA GUERRA. — Escenas del campamento. — Soldados de caballería estañando estribos y otros objetos.

brillaba ahora, todo ardía á un tiempo; todo estallaba y rugía, ardiendo en su corazon, como los relámpagos y los vientos y los aguaceros en la atmósfera. En aquel momento sentía un hambre y necesidad de vivir, que parecia deseo de gozar; y un horror á hundirse en el frio de la muerte, que podia confundirse con el espanto de la soledad y de la penitencia. Al clavar sus ojos sobre la mirada magnética de aquel hombre, que se apartaba de ella para vivir luchando siempre con su memoria, parecíale que aun podia acompañarle toda su vida con la realidad de la pasion... Tal vez se habia levantado para bendecir aquella frente, santamente sublime ó satánicamente desesperada; y ahora quisiera estrecharla contra su seno, antes de reclinar la suya en las almohadas de mármol. Habia extendido sus brazos, como para entregárselos á un verdugo, que en una cruz los clavara; como queriendo atraer con sus manos y con la mirada de sus ojos la gracia del cielo sobre aquella existencia desamparada; y aquellos brazos se inclinaron angustiosamente á Javier, cual si esperaran

asirle y estrecharle sobre el corazon, antes de asir y de estrechar el crucifijo de la última hora...

En este momento, la estancia se iluminó con azulada, sulfúrica, vivísima lumbre, que la llenó toda, como si hubiera ardido en medio un brasero de pólvora; acompañóle instantáneamente el estallido de un trueno, que pareció hundir los techos y desmoronar las viejas paredes del monasterio; respondió en la torre un tañido pavoroso de la campana, tocado por sí sola; y por la puerta del locutorio, que da á los corredores del convento, penetró, solemne, trémulo y doliente, el *Miserere*, que empezaba á entonar la comunidad.

Irene dobló en tierra ambas rodillas é hizo sobre su pecho la señal de la cruz.

— Dios me asista, exclamó; y juntando sus manos, oró con fervor, derribada contra ellas la aterrada frente...

Luego, levantándola con lentitud, lívida y demudada, pero tranquila y como despertando de un mal ensueño.

— Todo pasó, dijo con dulzura; Dios me vuelve su gracia... El rayo del cielo sobre la frente de la pecadora es como el carbon encendido tocando los labios del profeta... Todo lo alumbró, todo lo purificó, todo lo abrasa... Todos mis vanos pensamientos los ha reducido á pavesa... ¡Que Dios me los perdone!... Creí que tú podias dar la salud á Sofía... que me podias dar á mí el amor de la vida... que yo podia darte á tí ventura y placer... He visto claro... ni Sofía, ni tú, ni yo, tenemos recurso ni esperanza por los medios y los afectos de la tierra... ¡Gloria á Dios!... ¡Estamos salvados!... Cuando el mundo no tiene para un alma remedio, Dios le da la salvacion...

— Si se cree, y se ruega, y se llora, y se espera, añadió Javier, con acento de solemne inspiracion y de esforzada seguridad...

— Gracias, Javier, respondió la religiosa. Bendito seas por tu santa palabra... ¡Oh! sí... rogaré, lloraré, por tí... por Sofía... por mí tambien... para poder orar y llorar... Y el cielo me oirá... que así lo creo y confío...

Ya no tengo duda... ya no tengo temores... ya puedo elejarme de tí... Y también para darte el adiós, que no ha de separar nunca nuestras almas, puedo acercarme á tí sin recelo... Y estos labios, que el fuego del Señor ha tocado, pueden ya llevar á tí el ósculo penitente de la paz del espíritu.

Diciendo estas palabras, Irene había dado un paso para ir á Javier; el cual, alzándose de su asiento al movimiento primero de la religiosa, se había hincado ante ella de rodillas, tomándole ambas manos, que llevó primero á sus ojos húmedos, y que selló en seguida con reverentes y repetidos besos.

Contemplóle un momento en esta actitud Irene, y levantó en seguida sus ojos al cielo con la mirada de quien demanda un perdón, una merced ó un permiso...

— ¡El último, Dios mío!... exclamó con un acento de indefinible y santa tristeza... y volviendo á apoyar su mirada en aquel hombre prostrado á sus plantas, inclinóse sobre él silenciosa, y sobre aquella frente humillada hizo lentamente, con el borde de sus labios ó con la humedad de su aliento, el ademán de un ósculo, que acompañó con un adiós de agonía y con un hondo trístimo sollozo...

Retumbó en los claustros, como el eco de aquel doliente quejido, otra lúgubre campanada; vibró de nuevo, compungida y ferviente, desde las profundidades de la iglesia, la salmodia del *Miserere*; y Javier, levantándose del suelo, apoyado en las manos, siempre cogidas de aquel esqueleto mortuario, solo tuvo una voz ronca, como el estertor de la muerte, para decirle:

— Idos al coro. Rogad á Dios por mí. Dadle gracias por nuestra salvación.

IV.

Cuando Javier descendió á la portería le pareció que era ya de noche; tan negro y tan sombrío estaba el cielo, y tan apiñadas las nubes de la desencadenada tormenta. Los truenos no eran ya tan espantosos, y sonaban mas lejanos, pero los relámpagos cruzaban sin tregua, de oriente á poniente, entre montaña y montaña, misteriosos triángulos y gigantescas culebrinas, que se apagaban en el mar.

Las ráfagas del huracán hacían rugir medrosamente las arboledas en el valle y los pinares en las cumbres, y por todas las hondas cañadas zumbaban pavorosos, cual si pasaran por la tubería desacorde de un órgano inmenso, silbidos agudos y lamentables alaridos. Mangas de espesísima lluvia, que los encontrados vientos arremolinaban en líquidas espirales, giraban envueltas con nubes no menos densas de hojas esparcidas y de ramas desgajadas.

Por cada quiebra de las colinas bajaba, hecho río amenazador y espumoso, un raudal, que confundía sus desusados mugidos con el trueno de las nubes, que el eco multiplicaba sin fin entre los montes. El Océano revolvia contra las playas, en furiosa marea, las aguas turbias y rojas que ríos y torrentes le enviaban. El verde esmeralda de su manto se cambiaba en los pardos visos de la piel de las fieras, y los pliegues de su oleaje sostenido y majestuoso, como las columnas de un grande ejército en marcha, eran ya los revueltos borbotones del siniestro hervor que se asemeja mas á los remolinos de las muchedumbres sin dirección ni mando.

Las campanas de las aldeas, tañendo á intervalos el toque de nublado, mezclaban su plañidero repique con las esquilas de los rebaños, que se derrumbaban despaavoridos por los barrancos á guarecerse en el cobertizo de sus apriscos; y al graznar asustado de las fugitivas tropas de ánades que remontaban la corriente del río, subían tras ellas por el aire enjambres y nubes de millares de gaviotas, dando al viento sus chillidos lastimeros.

Contempló Javier un momento desde la puerta aquel espectáculo, y respiró algunas bocanadas del aliento de la tempestad; pero considerando temerario el salir en aquel instante, y de todo punto imposible cruzar por los anegados caminos, entró á esperar en la iglesia que el cielo calmara la furia de los elementos, ó á pedirle tal vez que aquietara la tormenta de sus desatadas pasiones...

Allí había calma y sosiego, allí era la luz blanda y tenebrosa, el aire estaba ligeramente impregnado de suave aroma de incienso y juncia. La paz del Señor reinaba en la iglesia; algunos ancianos y piadosas mujeres rezaban en voz medrosa, arrimados á los confesonarios ó postrados en las tarimas. Javier atravesando la nave, fué á arrodillarse á los pies del altar mayor. Las religiosas cantaban en el coro las letanias de la Virgen; el órgano empezaba á sonar con la melodía mas lenta de sus registros; y entre aquellos acentos de compunción ó de susto, de timidez juvenil ó de ancianidad temblorosa, aun sobresalía, robusta y confortada, sonora aunque enronquecida, la voz de Irene, que elevaba al cielo, con el *ora pro nobis* de la flaqueza amedrentada, el *hossanna* que levanta á Dios quien acaba de triunfar, con su ayuda, sobre un campo de batalla...

De improviso, y entre el fragor ya disminuido de la tormenta, un extraño y seco estampido, bien diferente del redoble de los truenos, hizo estremecer las paredes del santo edificio; otro estampido mas comunica la alarma de un nuevo peligro á los corazones ya sobresaltados... Javier se alzó de pie inmediatamente; había reconocido aquella detonación siniestra; el metal de

voz de aquel desesperado acento debía serle familiar. Repitióse por tercera vez, y no pudo quedarle duda... era un cañonazo de alarma. En aquel instante Pablo el Triste entraba precipitadamente en la iglesia. No venía con el aire devoto, humilde y abatido que le era habitual. Levantaba la cabeza erguida, la mirada enérgica, y era su andar resuelto el del soldado animoso, que ha oído la voz del combate, y que ha palpitado de emoción de pelea al primer disparo del fuego enemigo. Dirigióse á Javier, como un ayudante que trajera á su general nuevas de una batalla.

— Es en el puerto, señor, le dijo sin otra preparación; la fragata que estaba á la vista pide socorro; un rayo ha caído á su bordo: arde y se va á pique. ¡Incendio y naufragio!... Pero ya se preparan lanchas de socorro... hay una en los juncales...

— Pues allá pronto, en nombre de Dios, dijo Javier. Y arrodillados un segundo ante el altar, para santiguarse con la bendición del cielo, salieron aquellos dos hombres, envueltos en el torbellino del viento y arrastrados en el torrente del formidable aguacero, por medio de aquellas gentes despavoridas, mientras que las religiosas entonaban de nuevo, entre ayes de espanto y al compás del cañon pavoroso, el penitente salmo de la Suprema Misericordia.

Vióseles primero á través de las malezas y juncales, á Javier como si llevara él mismo el rayo y el huracán, sofocado á cada movimiento por el tormentoso remolino, á cada paso atajado por un espumoso torrente; á Pablo el Triste, siguiendo ó precediendo á Javier con el andar largo, el cuello enbiesto, la mirada encendida y azorada, como va el ardiente lebrél de presa con el disparo alazan de caza, mientras el estampido del cañon, repetido entre las montañas, aumentaba el horror de los estruendos del cielo con la tremenda pulsación de los peligros del hombre. Vióseles en breves instantes en el remanso de la ribera del río, donde los esperaba una lancha, mirar con ansiosos ojos, ya dentro de la bahía, aquel buque cuya presencia indicaban montañas de nevada espuma levantadas en su alrededor, las blancas velas plegadas como las alas de una zarzeta con que jugará la tempestad, y una columna espiral de negra humareda, cortada á trechos de llameados resplandores. Vióse á pocos pasos de allí otra lancha, cuyos despavoridos marineros se embarcaron inmediatamente á las grandes voces y ademán imperioso de Javier, quien ordenó á Pablo que fuera con ellos para animarlos y dirigirlos.

Vióse brillar en todas aquellas curtiduras y atezadas frentes el rayo de entusiasta denuedo con que nuestros marineros responden espontáneamente á una voz animosa que les manda arrostrar peligros y tempestades; y vióseles en breves instantes despreocupar el horrible oleaje del mar dentro del puerto mismo, el remolino de las corrientes contra los tajamares del puente, y la reventazón de las rompientes olas contra los malecones del pueblo, que amenazaban convertir los barcos en fragmentos y los edificios en escombros.

Vióse á aquellos dos pequeños botes, en que Javier tremolaba, al lado del pabellón rojo y amarillo, la flámula de los colores del puerto, arrastrar, en la fascinación del peligro y en la noble rivalidad del heroísmo, á todos los aterrados patrones y tripulantes de las lanchas, y el mismo capitán del puerto, que, á vista de la tormenta, había contenido con medidas de discreta prudencia el habitual arrojé de las gentes de mar, cediendo ahora al ejemplo de aquellos dos hombres, volaba tras ellos, como sin riesgo y sin obstáculo, sobre la embravecida furia de las aguas.

Vióse en pocos minutos una animosa flotilla de mas de veinte lanchas, por encanto tripuladas, disputarse en peligrosa regata, por todo lo largo del muelle y de la ribera, la honra de salvar la peligrosa barra, donde cada ola levantaba contra la invasora corriente una altísima sierra de espuma, que con el estruendo y semejanza de una catarata precipitaba en seguida el Océano sobre el entumecido río.

Vióseles retrocediendo veinte veces al impulso de la formidable marea, arrebatados otras tantas con la rapidez de la absorbente resaca, y por mucho tiempo envueltos y anegados, mecidos y levantados, y vueltos á abismar en las hondas cunas ó líquidos columpios que forman las olas encrespadas ó tendidas. Vióseles hacer del vértigo de aquellas sacudidas y del torbellino de aquellos vaivenes, un ejercicio de rivalidad y destreza, en que á cada riesgo de una muerte segura, á cada nuevo hundimiento y á cada salvación lograda, á cada golpe de mar sostenido y pasado, á cada ola montada y vencida, á cada lluvia de onda reventada, traspuesta y aguantada, se alzaba un grito de entusiasmo y un *hossanna* de triunfo, entre todos aquellos héroes oscuros de un combate que no había de tener historia.

Y vióseles, por último, rodear en cerco de auxilio aquella náufraga embarcación, y conseguir desde luego que, á la vista de sus animosas maniobras, hiciera desesperados esfuerzos para impedir que la mar acabara de echarla á pique contra los arrecifes de la costa y las rompientes de la barra, ó que la devorara en un punto el fuego encendido por el cielo sobre el gran mástil herido del rayo.

En este instante, al desaliento de la desesperación habían sucedido los sobrehumanos esfuerzos que alentaba la esperanza en la fraternal ayuda. La salvación podía estar en la presteza y arrojé de los que acudían, como en la precia y serenidad de los que esperaban. Pero los progresos del incendio, primero reprimidos, luego desarrollados con las ráfagas del impetuosísimo viento, colado entre los puentes de la combustible má-

quina, eran mucho mas rápidos que el empuje, tantas veces contrariado, de los esforzadísimos remeros, que al acercarse al buque, se encontraban con un volcan ardiendo en medio de ellos, y que amenazaba, estallando, arrebatarlos y envolverlos á todos en la erupción inminente de su voladura.

Daba Javier esforzadas voces y hacia señales al capitán para que abandonara desde luego la fragata, recogiendo la tripulación y fuerza en las lanchas, que se acercaban á todo remo; pero comprendía también á qué extremos conduciría á aquel hombre el honor de su puesto, antes de renunciar á la esperanza de salvar el buque confiado á su mando. Por eso se le vió, á pesar de las llamas que centelleaban rugientes entre la espesa humareda, y á riesgo de que el incendiado bajel estallara sobre sus cabezas, como una inmensa granada, ponerse al costado para ser oído de la tripulación, que, apiñada sobre la obra muerta, quería arrastrar á sus jefes al necesario abandono de la embarcación que se perdía.

Por eso, y á su ejemplo, formados todos los botes de socorro en semicírculo y ala, á barlovento de la abrazada nave, batallando con mil peligros, y á fuerza de temeridades de habilidad y destreza, toda la tropa y marinería de la fragata era recogida y puesta en salvamento, quedando solo, con muy pocos, el animoso capitán que se resistía aun en las agonías desesperadas de los últimos esfuerzos. Asfixiado, empero, por el humo de los embreados combustibles, y arrancado dos veces por los suyos de en medio de las llamas, en el momento que daba sus órdenes para intentar un esfuerzo supremo de salvación, un formidable golpe de mar, que reventó contra el castillo de popa, barriando todo á lo largo, como una desoladora avenida, la extensión del desmantelado puente, arrebató con irresistible violencia al desventurado jefe en los pliegues de sus espumas y en los torrentes de sus ondas, y dió con él en los abismos del Océano...

Seguíóse un momento aquella calma horrible que sucede al paso y reventazón de una tempestad, y un pavoroso alarido resonó por todo el ámbito de los barcos de socorro, que casi todos arrebatados sobre el buque, parecían, ó eran de verdad, náufragos y perdidos.

El de Javier fué subido tan al nivel del puente de la fragata, que había podido aferrarse en los últimos pasos de la escalera y quedarse allí, con dos de sus mas bravos marineros, si bien, á juicio de los otros, abandonado y perdido. Sin embargo, este desesperado momento parecía haber sido la crisis favorable de aquel desastre y desventura.

Al empuje extraordinario de la ola, la fragata había sido arrastrada á sitio donde, al abrigo de altísimos peñones, era menor el impetu de las ráfagas del noroeste, y la marejada, menos tumultuosa, ofrecía el fondo limpio y hondo de una dársena natural y mas segura. El golpe de mar, pesando sobre la cubierta, como un río salido de madre, dejando caer el diluvio de sus torrentes por las escotillas y boquetes, había atajado los progresos del incendio. Javier había comprendido lo crítico de aquel instante.

Sus ojos, que, al lanzar una mirada sobre la lancha, siempre cercana, de Pablo el Triste, le habían mirado con terror desaparecer bajo las olas, víéronle subir de nuevo á su embarcación, pescando, mas bien que trayendo, fuertemente amarrado el cuerpo exánime de un náufrago, que sospechó ser el del capitán del buque. Eralo, en efecto, y Javier esperó que no sería perdido aquel ejemplo de audacia y de fortuna. Dios permitió que no lo fuera, porque todos ó los mas de los oficiales de marina, fueron cobrados y recogidos del furor de las olas.

Tranquilo sobre el resultado de esta operación, hacia señas de mando á Pablo y á los otros para que se apresurasen á conducir al puerto los salvados náufragos, y solamente llamaba cerca de sí las dos lanchas mas libres de este cuidado. Conociendo que el fuego estaba aislado, había visto en un instante la posibilidad de salvar el buque si le asistían los esfuerzos de doce hombres de ánimo sereno y de trabajo inteligente. No le faltaron. El mismo capitán del puerto llegaba con su falúa á ponerse al costado á tiempo favorable de auxiliar esta operación, y tras pocos minutos de una presta, hábil y peligrosa maniobra, cuando el sol aun lanzaba los últimos rayos de aquel borrascoso día á través de los deformes plomizos nubarrones del occidente.

Javier pudo entregarle la asegurada custodia de aquella hermosa fragata, pocos minutos antes condenada á total lastimosa ruina; espectáculo cuya tristeza solo es dado comprender á los que han sentido alguna vez el amor que llegan á inspirar al hombre los flotantes hogares de una habitación movidiza ó insegura...

¿Es otra cosa, por ventura, el afecto instintivo que consagramos á este pequeño bajel de nuestra terrenal morada, que por la inmensidad nos lleva, que en menos de un año paseamos de popa á proa, y que también podrá volarse abrasado un día, ó anegarse náufrago en las cataratas de los cielos?...

El fin de aquel día tan largo llegaba. La mar se tornaba un tanto mas serena, las fuerzas del huracán mas quebrantadas; el sol doraba con sus últimos rayos horizontales y pajizos aquellas nubes, que, irregulares también y destrozadas, parecían en el cielo restos y fragmentos de un naufragio, y el puerto, que lloró casi perdidos á tantos hijos y á sus arribados huéspedes, presenciaba uno de aquellos espectáculos que, sin ser extraordinarios ni inauditos, agolpan siempre al corazón y á los ojos los latidos y lágrimas que miden la vida de los riesgos y de los penosos trabajos...

Todas las campanas del pueblo se agitaban en solemne repique. Previendo la oscuridad de la próxima noche, habíanse encendido hogueras en todas las vecinas alturas.

El vecindario, reunido primero en piadosa rogativa en la iglesia parroquial, descendía procesionalmente al puerto, conducido por su clero y llevando sus imágenes devotas, para recibir á los naufragos que se anunciaban salvos. Y llegaban á este punto los botes y lanchas en columna de dos en fondo por el cauce de la ría, ya mas tranquila y baja, conduciendo cada una porción de los libertados marinos.

En la lancha de Pablo el Triste, que ya no desplega sus labios, y que había vuelto á su humilde abatimiento y á su aire casi lloroso, venia el capitán de la fragata con otros dos oficiales, que, en medio de la sorpresa de verse vuelto á la vida, tornaba sus ojos al mar con la desesperación de haber perdido la embarcación cometida á su mando; pero en el mismo instante llegaba el capitán de puerto con su falúa, que, saltando en el muelle, anunció con un vítor, tres veces repetido, que el buque estaba salvado y en segundo fondeadero.

Tomando entonces tierra todos los marinos, y reunidos en torno de su jefe, casi dispuestos á adorar como á un dios al capitán de aquellos heroicos salvadores de su vida y de su honra, aquel oficial declinando el honor inmerecido:

— No es á mí, señores, les dijo, á quien debeis la merced de esta salvación milagrosa. Despues del favor divino, aquí teneis, comandante, vuestros libertadores. Aquí os presento al hombre esforzado que os arrancó del profundo del abismo, decia, haciendo salir al frente al modesto y avergonzado Pablo, que todos los circunstantes aplaudian y abrazaban; y aquí tenemos todos nuestro heroico guia y vuestro intrépido salvador.

Y señalaba á Javier que, roto y destrozado, pálido, deshecho, uznado y sangriento, acomodaba sobre sus hombros un prestado tabardo de marino, cuya capellina, echada sobre los ojos, le daba el aire ó disfraz de un monge del Oriente...

Iban todos ellos á postrarse en adoración ante la imponente lúgubre figura de aquel hombre; el capitán salvado queria besar sus manos, que cogió con efusión; pero en el momento de clavar en él sus miradas expresivas, y como si aquel traje, que para todos le distinguía, fuese, al contrario, una revelación para su vista y para su memoria, prorumpió en un gesto de sorpresa, puso sus manos en sus hombros, miróle de hito en hito, y arrojándose en sus brazos:

— ¡Dios mio! exclamó con el acento de una conmoción vehemísimas... ¡Otra vez mi ángel tutelar!...

Y luego, volviéndose así á los suyos, como á todos los atónitos circunstantes:

— De rodillas, señores, gritó con brio y con lágrimas; de rodillas ante el hombre del Señor y de nuestra providencia, de aquel mismo que hace seis años, en otro dia mas espantoso y en unas costas inhospitalarias...

No dijo mas... Javier había asido sus manos, y con mudo é imperioso ademán, puesto el índice izquierdo en sus labios, le había impuesto silencio...

— Señores, añadió Javier, continuando él con voz desfallecida la atajada arenga; no es delante de mí donde debeis arrodillaros; humilde ministro de Dios para con los hombres, acaso culpable de una de aquellas temeridades que suele inspirar el deseo de la vanagloria ó la desesperación de una amarga vida. Cuando Dios las corona, ante él solamente debemos prosternarnos. A él solo es á quien todos debemos rendir gracias por haberlos salvado, á unos de la muerte del naufragio, á otros de aquella á que temeraria y locamente os expuse... A la iglesia.

Y todo aquel concurso, y todos aquellos hombres, con sus mismas laceradas ropas, tomando en sus manos velas encendidas, se dirigieron otra vez procesionalmente á la parroquia, donde los cogió la noche cantando devotamente el *Miserere* y la *Salve*, y diciendo en voz sumisa de rezo el *Te-Deum* de las glorias y de las gracias del Altísimo.

Entre tanto, y cuando en el monasterio habían tenido lugar aquellos tormentosos coloquios, y mientras que en el mar y en el cielo se desencadenaban las furias de la tempestad, allá, en el extremo opuesto de la vega, y al pié de la colina donde se alzaba la casa de la olvidada Sofía, pasaba otra escena á la cual puede ser que no fuesen extrañas algunas de las fervientes oraciones que Javier dirigia al cielo en medio de sus peligros, algunas de aquellas plegarias de exaltación y de entusiasmo con que Irene elevaba su corazón á Dios desde el seguro religioso de la clausura.

La tempestad no había rugido menos brava entre las quebradas de los cerros que entre las peñas de la costa y sobre las playas del puerto.

Al mugir de los vientos, que se estrellaban contra los montes ó se colaban bramadores entre sus gargantas; al fragor de los pinos, tronchados por el rayo, y de los pomposos sauces, arrebatados por el río; al rugir de los entumecidos torrentes, que amenazaban arrancar las endeables casas de la aldea; al tronar del Océano, que amagaba conducir la resaca de sus espumas hasta los últimos confines del valle, y al eco de las campanas del convento y de los esquilonos de las parroquias, que mezclaban con el espanto de la naturaleza el grito medroso de los terrores del hombre, la convaleciente Sofía, convulsiva, asustada y congojosa, había encendido los cirios benditos delante del escaparate de la Virgen de sus devociones.

Allí, fervorosa y arrodillada, sin otra inspiración religiosa que la natural vehemencia de sus sentimientos,

sin otra filosofía que la meditación tenaz y profunda de sus íntimas desventuras, el horror instintivo de la tormenta no había sido al principio mas que una distracción de sus monótonos padecimientos y de sus concentradas alucinaciones.

Sobrecogida del espanto que inspira el espectáculo de los grandes fenómenos, ó poseída del vago terror que infunde toda calamidad enviada por Dios, entreveía acaso que el peligro ó el padecimiento de los naturales dolores es mas verdadero que el martirio de aquellas angustias que se agitan en los abismos del corazón, como estremecen los terremotos las entrañas de la tierra.

Parecía acaso que arrostraría con mas fuerza el estallido del rayo que aquel espíritu de fuego que de continuo cruzaba por sus nervios, que aquel escalofrío de terror que sucedía á su fulmineo sacudimiento. Tal vez el mugido atronado de los vientos y de las aguas le sería menos pavoroso que aquel vago misterioso acento, aquel eco fantástico de hondos suspiros, aquel son continuo de desconocidas voces y de palabras indefinibles, que tanto habían turbado la soledad de sus noches y la larga duración de sus dias.

Tal vez sintió, como efecto primero de su mental plegaria, como primer destello de la gracia divina que imploraba, que el sosiego de las tempestades que se cruzaban entre el seno volcánico de su corazón y la electrizada nebulosidad de su fantasía, pudiera encontrarse en presencia las tormentas reales de la naturaleza, en soportar la fatiga y los trabajos de la humana existencia...

Vosotros, los que nunca habeis necesitado el consuelo de esta percepción fortificante, dad gracias al cielo de haberos dado unas pasiones mas sumisas y una voluntad menos agitada en las oscilaciones de su libertad tempestuosa, que las fuerzas de los elementos, siempre obedientes y reguladas en la mano del Altísimo...

Para Sofía entonces esta esperanza no era mas que una vaga apariencia de los consuelos que presentía. En la influencia benéfica de su plegaria debía encontrar aun la revelación de otro mas eficaz y mas restauradora inspiración de fortaleza y de calma.

Sus labios, es verdad, no tenían otras palabras para la santa imagen que las de aquel himno tan familiar para los que tienen muchas ocasiones de volver sus ojos á la divina Estrella de los mares; pero mas que el sentido de aquellas palabras, la reconciliaba con la esperanza la blanda austeridad de aquellas severas impresiones...

— *Salve del mar Estrella*, repetía fervorosamente, entre aterrada y fortalecida, entre despavorida y confiada, glosando con su pensamiento la traducción de uno de nuestros esclarecidos poetas... ¡Tú, á quien todo navegante saluda, Estrella refulgente de los mares! ¡Madre soberana, que tuviste vida para dársele á un Dios! ¡Santuario eterno de virginal pureza! ¡Puerta por donde volvió á entrar en el cielo la humanidad desterrada!...

¡Tú, que al recibir la visita del arcángel, mudaste en el *Ave* glorioso de su salutación, el otro nombre sin ventura de nuestra madre!

¡Tú, la que puedes desatar de sus cadenas el alma encarcelada! ¡Tú, á quien solo es dado iluminar los ojos sumidos en noche de ceguera!...

¡Tú, la única que puede disipar los males de nuestra miseria, y pedir al Eterno la suma de nuestras prosperidades!

¡Tú, de quien, como madre amorosa, puede recibir las plegarias del dolor y del llanto Aquel que fué un dia hijo de tus entrañas!

¡Tú, prodigio de sin par pureza entre todas las hijas de los hombres, fuente de sin par dulzura entre todas las dulzuras de los cielos... Oyeme, mírame, escúchame, atiéndeme, santísima Madre mia!...

Y al repetir las últimas estrofas del himno sagrado, en que el alma atribulada pide á la Reina de los cielos la seguridad en los caminos de la vida y la suavidad y pureza de los afectos del alma.

— ¡No, no! decía la amedrentada criatura, en medio de su terror y de su agitación convulsiva. No vengo á pedirte que apartes el rayo de aquella diestra que mueve al sol, ni traigo á tus plantas el temor de que las olas de ese mar furioso vayan, por sobre las lomas de la vega, á quebrantarse contra los escarpes de la montaña. Bien sé, Señora, que hasta el fin de los tiempos el mundo no será fundido en crisol de fuego; bien sé que se levantó un dia el iris de promesa, para que no volvieran á cubrir la tierra cataratas de inundación... Yo aprendí en mis mas tiernos años á cantar la grandeza y misericordia de Aquel que dice todos los dias al mar: *Hasta aquí llegarás, y de aquí no pasarás, y aquí se quebrantarán tus entumecidas olas*. Yo no vengo á rogarte, Reina del cielo, por la firmeza de la tierra ni por el sosiego de los mares... Si en el espanto que producen esas voces que da el Señor en la altura para anunciarnos el paso de su grandeza y de su gloria me refugio á tu seno, como un niño al regazo materno, asustado de ver pasar á su padre en su caballo de batalla ó en sus arreos de guerra; yo no vengo á rogarte por la seguridad de mi vida, ni siquiera por la fortaleza de mi salud quebrantada... Tú acabas de salvarme de las garras de la muerte. Ese tu divino soplo, que ha templado con aliento de fresca el ardor de la sangre, volcanizada por la fiebre; que ha arrebatado de sobre mí frente el velo de amianto encendido que la abrasaba, llevándose, es verdad, con él las trenzas de mi poblada cabellera, es el mismo blando céfiro, es la misma luz amorosa que con un suspiro de sus labios y con una mirada sonriente de sus ojos va á restituir su azul á los cielos, su esmeralda á los mares, su murmullo á los ar-

royos, su perfume á los lirios y á las madre selvas... los pájaros despavoridos van á gorjear como á la aurora... La naturaleza va á renacer, como tras breve noche, en un apacible crepúsculo... Serenar los huracanes y alegrar los cielos no te costará mas que haber quitado la calentura á mis venas y vuelto el carmin á mis labios... Yo solo vengo á pedirte lo que te piden las palabras del himno que te cantan los que caminan en noche de tempestad, los que se agitan en angustias de naufragio:

Infunde en nuestro espíritu
Virtud humilde y casta...
Y vida pura préstanos,
Y sus caminos guarda...

La calma del espíritu, Madre mia, es lo que con lágrimas te demando, la casta pureza del alma, la serenidad de mi desasosegado corazón, la paz de mis rebeldes tumultuosos sentimientos, la rectitud de este camino que llevo en la vida, ciega porque miro deslumbrada, vacilante porque soy débil, extraviada porque voy sola... Reina de los ángeles... la naturaleza física no podría suportar quince dias esa tormenta... esta pobre criatura corre hace dos años una mas deshecha tempestad... Las nubes no llorarán mas que un dia sobre los campos... mis ojos se anegan en llanto meses y meses. Solo una noche durará la oscuridad de la tierra y la soledad de sus caminos... en los senderos de mi desamparada vida hace mucho tiempo, demasiado tiempo para las fuerzas de una flaca mujer, que no tiene mi corazón, sino apoyo de terrores y compañía de fantasmas... Apartad, Señora, de mi lado esos malos espíritus, como el viento arrojará al mar esas nubes... que se apaguen y disipen mis culpables memorias, como se apagan esos relámpagos ardientes en los cielos, que surcan un fugaz instante... que vengan á la soledad de este corazón desolado las brisas refrigerantes de los buenos pensamientos y el arrullo armonioso de las piadosas oraciones, como ha de volver á los campos el murmullo de los arroyos, y el canto de los pájaros á los vergeles. Apiadaos de mis lágrimas, como agotais las cataratas del cielo... disipad los terrores de mi pasión, como ahuyentásteis los delirios de mi mal... dad luz á mi camino, como habeis vuelto su compás y medida á la pulsación de mis arterias... Nada mas os pido, Señora, para la felicidad de mi espíritu, que lo que obtendrán esas ramas que el huracán desgaja, esos troncos que arrastra el desbordado río... que al fin pararán sobre la playa ó contra la orilla... ¡Haced así, Madre mia, que esta pobre piedra, que va rodando entre las aguas de un torrente, halle parada y reposo, aunque sea en el umbral de una cabaña ó en el borde de una sepultura!...

Y juntando sus manos y prosternando la frente, volvía á empezar el rezo de las piadosas incorrectas estrofas:

Infunde en nuestro espíritu
Virtud humilde y casta...
Y vida pura préstanos,
Y sus caminos guarda...

Y cuando con tanto fervor y con tanta ternura dirigía á la Santa Patrona de los desamparados la invocación de sus terrores y la plegaria de sus soledades, Sofía no estaba abandonada por el cielo ni se encontraba sola en el mundo...

Allí mismo, en el fondo de aquella sala, á pocos pasos de la tarima en que hincaba sus rodillas, había arrodillado también, juntas sus manos y serena la frente, orando á Dios y velando por ella, un hombre joven, hermoso, honrado, virtuoso y paciente, constante, humilde, digno, grave y tranquilo, que acompañaba sumisamente el rezo de sus preces, y repetía con inspirado fervor el *amen* intenso de su dolorida plegaria.

V.

Era Enrique... Enrique no había abandonado un solo dia la asistencia y cuidado de aquella mujer, que pertenecía á su corazón por la propiedad indisputable de un amor sin correspondencia. Nada crece con mas intensidad que una pasión que no lucha por morir, cuando se domina bastante para vivir sin galardón ni deseo.

Era su ternura como la lumbre de los astros, que no tienen pábulos y viven de la esencia del fuego. Como los soles del firmamento, nada consumía, y todo lo alumbraba. Aquella alma, al parecer vulgar, y en el fondo privilegiada; aquella existencia práctica y arreglada, matemática y austera, cuya fantasía repugnaba lo ideal, cuya inteligencia no se remontaba, ni á muy elevados pensamientos, ni á la generalización de trascendentales principios, necesitaba, sin embargo, la energía de un sentimiento profundo y la complacencia íntima de un objeto elevado, á quien consagrar todo el trabajo de la vida y toda la honradez de la conciencia.

Por mucho tiempo había sido aquel amor su martirio; luchó con despecho por lanzarle de su seno. Creyó que ostentarlo no era delicado, que fomentarle y entretenerle no era digno ni honroso.

En la ausencia de aquella mujer, había pensado que su afecto era una ilusión quimérica, á que su razón no debía sucumbir; halagado luego por la seguridad de una promesa, había tenido escrúpulo de que al sentimiento de una obligación se añadiera, tal vez demasiado vivo, el incentivo de una esperanza.

Pero después que la ausencia de su prima había alejado toda complicidad de seducción y toda sospecha de mal deseo; después que la situación enfermiza y desamparada de aquella visionaria criatura había puesto su ternura en el número de sus obligaciones meritorias, y que la renuncia á todo porvenir de unión conyugal la había purificado en el crisol de los sacrificios; después que la asistencia é inspección inmediata de aquella vida le había dado la evidencia consoladora de que en la desventurada enferma nada había que la hiciese desmerecer del respeto de la virtud y de la estimación de un noble orgullo, Enrique se había entregado á la devoción

de amarla con un abandono de desinterés y con una obstinación de intensidad, que ninguna desgracia podía extinguir, ni repulsa alguna contrariar, ni aprensión alguna de celos presentes ó pasados desnaturalizar, ni conmover siquiera en sus sólidos incontrastables cimientos.

Tal vez en aquel hombre práctico y ocupado, esta protección paternal y este interés de vigilancia revestían las apariencias de una obligación de responsabilidad, mas bien que de espontáneo sentimiento; pero en la esencia de aquel cuidado incesante, material y detallado, había tal vez lo que hay en la asistencia de un ejército querido por el caudillo inteligente, donde sobre la atención del administrador está el amor entusiasta de la gloria y la santa fraternidad del peligro y del mando.

Sin duda en las atenciones de Enrique, que parecían reglamentadas por un código, había la adoración fervorosa del sacerdote en el ministerio de su templo; en el

ritual minucioso de aquellos cuidados se revelaba el respeto del santuario, la veneración del ídolo, el fanatismo del culto.

Si Sofía había sido para él una esposa prometida, si la amó un tiempo como á una joven bella y seductora, mirábalahora como la deidad á quien servía, como la huérfana enferma que custodiaba, como la hija adorada que podrá pasar á los brazos del esposo, no sin pena y duelo del amoroso padre; como el tesoro depositado en la secreta confianza de la amistad, hasta la venida del misterioso dueño.

Esta intensidad de sentimientos, sin participación de nadie, ni aun de la persona que los inspiraba; esta concentración constante de un sacrificio aceptado como un deber y desempeñado como una tarea, que alternaba en su vida con la dirección de graves negocios y con el penoso cuidado de positivos intereses, habían comunicado al carácter de aquel hombre una gravedad repo-



LA GUERRA. — El transporte de muertos.

sada, á su continente una serenidad taciturna y meditativa, y á su aspecto físico el complemento de una grande y varonil hermosura.

Nosotros solo conocemos á Enrique por la primera descripción de Sofía, que, como cortés y delicada, no debía detenerse mucho en la alabanza de su figura, retratándose á quien le era tan inferior en personales atractivos.

Pero la verdad era que Enrique, siempre notable por una belleza poco comun, había alcanzado en este tiempo una perfección, no solo agradable, sino imponente. Su estatura, mas que medianamente elevada, había cobrado el aire de robustez que da el ensanche del pecho y el vigor varonil de una desenvuelta musculatura.

Una barba de color castaño claro orlaba armoniosamente su rostro ovalado, de finísima blanca tez nacarada y limpia, y su cabellera, mas negra, coronaba con finas sedosas sortijas una frente despejada y una faz serena, en que ni una arruga sombría ni un fruncimiento involuntario revelaban jamás, ni la preocupacion de un pensamiento siniestro, ni el disimulo de una intención siquiera desconfiada.

Tenían sus pardos y rasgados ojos el mirar púdico, pero firme, de una antigua matrona; había en sus labios la expresión austera de una reserva metódica, templada con el gesto bondadoso y triste que da la conciencia de las grandes obligaciones; y el conjunto de su fisonomía, dominada por un sentimiento interior de gravedad, que no llegaba á la afectación ni al disimulo, transparentaba en aquel semblante, casi angelical, la combinación mas armoniosa que pueden formar una honrada complacencia en sí propio y un profundo respeto á los demás.

De una pasión no correspondida, que por mucho tiempo había sido su amarga pena, hacia resignado, en la situación presente, su única felicidad; y si en este constante y aceptado sacrificio no podía haber satisfacción de contento, tampoco se descubría en la espontaneidad sus esfuerzos el afanar jadeante de las luchas desesperadas.

De cierto no llevaba el grave Enrique su ternísimo amor en el alma, como una joven al baile una guirnalda de flores ó un lazo de brillantes; pero no iba tampoco compungido y macerado, como con sus cilicios un

ascético penitente; pudiera decirse que le sustentaba con la sencillez, gallardía y marcial apostura con que, un día de bélicos ejercicios, reviste un joven militar la fatigosa coraza y el pesado casco de acero.

Contentábase con pensar que la que le inspiraba tan profundos sentimientos era digna de lo que por ella padecía, para que se tuviera por pagado con lo que en sentirlos gozaba.

Acaso menos enferma ó menos triste, no hubiera encontrado pretexto para ser tan extremoso, y algunos de sus cuidados y exquisitos miramientos le hubieran parecido humillaciones.

Pero la atmósfera de duelo y orfandad que circundaba á la desterrada joven, le hacían perdonarse á sí mismo aquellos refinamientos de cariño, mimos de un padre indulgente para la hija enferma, condescendencias perdonables del bondadoso anciano para la hermosa encerrada pupila...

(Se continuará.)